

COLECCIÓN
PRE-TEXTOS



UNIVERSIDAD CATÓLICA
de Colombia
Vigilada Mineducación

MEDUSA

y otros cuentos



MEDUSA

y otros cuentos



UNIVERSIDAD CATÓLICA
de Colombia
Vigilada Mineducación

Báez León, Justine Valentina

Medusa y otros cuentos / Justine Valentina Báez León y otros diez. Bogotá:
Universidad Católica de Colombia, 2018.

82 páginas.—14 x 18 cm.—(colección Pre-textos; no. 1)

ISBN: 978-958-5456-10-5 (impreso)

ISBN: 978-958-5456-11-2 (digital)

I. Título II. Serie III. Ballén Martínez, William IV. Ortega Benavides, Isabel
V. Briceño Ramírez, Carlos César VI. Castellanos Escobar, María Camila VII. Celis Ra-
mírez, Luisa Fernanda VIII. Fonseca, Tania Lucía IX. Orozco, Erika Daniela X. Serrano
Cruz, Natalia Isabel XI. Suárez, Edwin Leandro XII. Valencia, Katty Dayanna

1. Cuentos Colombianos 2. Literatura Colombiana

Dewey 863.3861 SCDD ed. 21

© Universidad Católica de Colombia

© William Ballén Martínez

Tania Lucía Fonseca

Natalia Isabel Serrano Cruz

María Camila Castellanos Escobar

Edwin Leandro Suárez

Isabel Ortega Benavides

Katty Dayanna Valencia

Erika Daniela Orozco

Luisa Fernanda Celis Ramírez

Justine Valentina Báez León

Carlos César Briceño Ramírez

Primera edición, Bogotá, D. C.

Abril de 2018

Dirección editorial

Stella Valbuena García

Coordinación editorial

María Paula Godoy Casasbuenas

Diseño y diagramación

Juanita Isaza Merchán

Ilustraciones

Nohora Stella Torres Mesa

Publicación digital

Hipertexto Ltda.

www.hipertexto.com.co

Bogotá, D. C., Colombia

Impresión

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.

Bogotá, D. C., Colombia

Bienestar Universitario

Diagonal 46 A # 15B-10

Sede El Claustro

bienestar@ucatolica.edu.co

Editorial

Av. Caracas # 46-72, piso 5

editorial@ucatolica.edu.co

www.ucatolica.edu.co

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo del editor.

Hecho el depósito legal

© Derechos reservados

Impreso y hecho en Colombia

CONTENIDO



MEDUSA 9

WILLIAM BALLÉN MARTÍNEZ
Facultad de Derecho - Tercer semestre

DÍA UTÓPICO 17

TANIA LUCÍA FONSECA
Facultad de Derecho - Quinto semestre

LA BELLEZA, EL DESTINO Y LA MUERTE EN URUK 19

NATALIA ISABEL SERRANO CRUZ
Facultad de Psicología - Noveno semestre

SOLO UNA CASUALIDAD 27

MARÍA CAMILA CASTELLANOS ESCOBAR
Facultad de Derecho - Noveno semestre

HISTORIA DE CACHOS 35

EDWIN LEANDRO SUÁREZ GALINDO
Facultad de Ingeniería - Tercer semestre

EL BUS 43

ISABEL ORTEGA BENAVIDES
Facultad de Derecho - Tercer semestre

EL PISCO QUE ROBÓ MI ZAPATO 49

KATTY DAYANNA VALENCIA BANGUERA
Facultad de Derecho - Tercer semestre

ERA SOLO UNA ILUSIÓN 53

ERIKA DANIELA OROZCO GÓMEZ
Facultad de Derecho - Noveno semestre

MIS DÍAS DE OLVIDO 61

LUISA FERNANDA CELIS RAMÍREZ
Facultad de Psicología - Noveno semestre

ALMAS: EL HOMBRE QUE NO PUDO SER AMADO 67

JUSTINE VALENTINA BÁEZ LEÓN
Facultad de Derecho - Noveno semestre

CONSANGUINIDAD: UN FINAL SIN HISTORIA 73

CARLOS CÉSAR BRICEÑO RAMÍREZ
Facultad de Derecho - Décimo semestre

PRÓLOGO



La escritura puede ser considerada un intento por transmitir una ideología, por crear un mundo, o también, como simple purificación de la intimidad, como una sanación. Lo cierto es que el ejercicio de la escritura es disruptivo y transformador, agudiza la mirada, penetra en las emociones y desanuda los juicios y los prejuicios sobre los otros. Estas breves razones bastarían para justificar un nuevo empeño por sacar a la luz las aproximaciones literarias de un grupo de estudiantes; no obstante, no sobra decir que al crear nuevas ficciones, se reconstruye el mundo real, se modifican comportamientos, se establece una nueva relación con el entorno.

El presente volumen reúne el esmerado trabajo creativo de los estudiantes de la electiva “El arte de escribir y la creación de mundos” (2017) de la Universidad Católica de Colombia, un espacio académico dedicado al estudio de textos literarios y de las herramientas del lenguaje para la creación narrativa. Este espacio, organizado y apoyado incansablemente por la Dirección de Bienestar Universitario, promueve y cultiva el difícil arte de la escritura en los estudiantes de la universidad.

En esta publicación, el lector podrá hallar, más que un ejercicio académico, la exteriorización de las inquietudes artísticas de la comunidad universitaria, las voces de una generación de estudiantes, un esfuerzo plástico, un juego de figuras e imágenes; en fin, los resultados de varios procesos creativos.

Tales resultados abarcan relatos acerca de insólitas momificaciones espontáneas, de un pisco que robó un zapato, de la misteriosa psicología de un embrión, de un mito sobre la creación de la belleza, el destino y la muerte; de la misteriosa desaparición de una vaca, de una desesperanzadora ilusión amorosa, de una perplejidad ante el erotismo de la escritura, del admirable intento por buscar que las vivencias superen el olvido, de un encuentro casual en la majestuosa ciudad de Barcelona, de peculiares interacciones en un bus urbano y de un sombrío amor gótico.

Como puede observar el lector, no se trata de una reproducción arquetípica sino de una liberación, un original punto de fuga al que han llegado los estudiantes de la electiva mediante la lectura, la escritura y la reescritura.

Sin embargo, los textos que se presentan a continuación forman parte de una iniciativa mayor: rescatar el talento creador de los estudiantes y promover el interés en la literatura. Para ello, de la mano de la profesora Constanza Martínez, se diseñó un programa que no solo hiciera un recorrido por la

historia de la literatura, sino que contribuyera con el desarrollo de competencias de análisis textual, de pensamiento crítico y de comunicación.

Para consolidar este proyecto fue no solo necesario el arduo trabajo individual y grupal de los estudiantes, sino el compromiso permanente del equipo de Bienestar: Fernando Augusto Montejo, Director de Bienestar; Lílíam Santamaría, Coordinadora Cultural, y Víctor Díaz, Especialista en Formación Humana.

Para ellos, todos los agradecimientos. Su deseo de consolidar una electiva como esta ha permitido abrir nuevos espacios para los estudiantes de la universidad: el taller de escritura creativa y el concurso literario.

Solo me resta recordar, para motivar la lectura de este libro, aquellas palabras de Cortázar (2013) en sus célebres clases de Berkeley: la literatura se hace para inquietar, para hacer preguntas, para abrir la inteligencia y la sensibilidad, no para dar respuestas (p. 284). Invito pues al lector a que se cuestione, a que abra su inteligencia y su sensibilidad por medio de este trabajo, que, aunque incipiente, nos da claras muestras de las preguntas que se hacen los estudiantes de la universidad; preguntas que, por lo regular, son siempre, paradójicamente, constantes y fugaces.

Raúl Alexander Murcia

Profesor
Taller de creación literaria

MEDUSA

WILLIAM BALLÉN MARTÍNEZ



La placa que identificaba la vitrina central solamente mostraba su nombre y su año de muerte: Evaristo Doncel, 1961. Estaba vestido con una ruana marrón muy gruesa, un pantalón negro que parecía nuevo y un sombrero tipo panamá que lucía coqueto sobre su cabeza seca y empequeñecida. Debajo del sombrero se vislumbraban manojos de pelo amontonados en torno a la sien y alrededor de dos puntos en la

nuca. Las manos cruzadas, increíblemente crispadas, sostenían dos rosas marchitas. Las uñas amarillas y opacas parecían haber sido recortadas por un manicurista. Los brazos no tenían venas, manchas, ni imperfecciones, pero se adivinaban los huesos rígidos, que conformaban la estructura del conjunto. La expresión de su rostro era tranquila, incluso plácida. Sus ojos y sus dientes eran celosamente protegidos por los párpados y los labios. A su lado izquierdo, con óxido en la parte cercana al mango y con manchas de sangre en la punta, descansaba un machete desenvainado.

El lugar donde estaban conservadas y exhibidas las momias tenía pretensiones de museo. Se componía de varias salas bien iluminadas que invitaban al público a recorrerlas en el sentido de las agujas del reloj para seguir una línea cronológica. La primera vitrina junto a la entrada encerraba a una anciana del tamaño de una niña de diez años que apuntaba sus pies al visitante. Informaba el cartel adjunto que la urna contenía a la señora Diocelina Castro de Moscoso, campesina noble y fuerte, madre de ocho, que murió de un aneurisma en 1936, a los setenta y cinco años. Doce años después murió uno de sus hijos, iba a ser enterrado junto a su madre y en el momento de la remoción de la tierra se descubrió el cuerpo intacto de una mujer. Los trabajadores del cementerio reconocieron de inmediato a doña Diocelina, a pesar de que su cabello ahora era del color de la tierra húmeda. La carne se había pegado a los huesos, pero esto hizo, incluso, que se realizara la figura de la campesina, que se despojara de su elemento contingente y se revelara pura.

El cuerpo momificado de Diocelina tenía la gracia de una escultura clásica, en la que el conjunto existe armónicamente, se configura una idea y se depuran los accidentes distractores. Fue el primer cuerpo que se encontró en San Bernardo conservado perfectamente, desafiando las leyes que se presumen inexorables del tiempo, de la descomposición. Después, en el mismo cementerio, se encontraron docenas de cuerpos que obstinadamente se resistían a ceder ante la desintegración natural de todo lo que tuvo vida. Se ignoraban las razones que hacían que un gran número de cadáveres de San Bernardo se conservaran naturalmente, sin estar condenadas a la putrefacción. Las hipótesis eran previsibles: la dieta, que incluía abundantemente la guatila, cierta salinidad del suelo, o una bendición o maldición de misteriosos designios que Dios impuso al pueblo.

Jonathan estaba contemplando fijamente la momia de Diocelina y se sintió impactado. Decidió entrar al cuerpo anexo de la iglesia, al lado del cementerio, donde estaba el Museo de Momificación y Memoria de San Bernardo, pues había llegado tarde al colegio y lo sedujo más la perspectiva de pasar la tarde vagando que la de soportar las reprimendas de su profesor de matemáticas. El olor agrio de la sala, de los humores muertos de los cadáveres no lo asqueó, sino que lo hipnotizó. La expresión del rostro de Diocelina le recordó a la de su abuela Sofía, que desde hacía tres años, reducida por ceguera y sordera casi absolutas, se entregaba dócilmente a la inercia y había renunciado a llenar el tiempo de alguna manera significativa.

Jonathan continuó su camino siguiendo las previsiones de los “curadores” del recinto. Enseguida de Diocelina estaba el cadáver momificado de su hijo que iba a ser enterrado cuando la descubrieron. Sobre las vitrinas que encerraban los cuerpos había fotografías de Diocelina y Jacinto, su hijo. En la fotografía lucen distantes, serios, rígidos. Las facciones de Jacinto eran mucho más finas que las de su madre y, en definitiva, no se puede decir que se parecían. Pero si de la fotografía no se puede sacar ninguna conclusión sobre su conexión familiar, una mirada superficial a los rostros de sus cuerpos momificados despeja cualquier duda sobre su relación. El tamaño de sus ojos, la distancia que los separa, la nariz alargada y estrecha y el rictus de contrariedad que invadía sus expresiones parecían heredados genéticamente. Cuando el soplo vital abandonó a Diocelina y a Jacinto, sus restos parecían depurados y contener una unidad manifiesta.

Después de observar con algún detalle nueve momias, entre las que se contaban niños, un antiguo alcalde, Clemente, el “loco” del pueblo, del que se contaban en San Bernardo tantas historias de inocencia pueril como de perversiones desfogadas, Jonathan se fijó en la urna central de la sala del piso inferior, la de Evaristo Doncel. Se dirigió sin distraerse en las otras vitrinas, como atraído por el magnetismo del machete. El instinto obsesivo se apoderó de Jonathan y se imaginó de inmediato el conjunto caóticamente armonioso que formaría el machete en su habitación con los otros objetos que su valentía vandálica le había permitido conseguir: la señal de Pare, las placas de dos carros, el aviso de la notaría del pueblo. De manera súbita, el

machete se le presentó a Jonathan como algo más que un trofeo: como toda su justificación.

Los únicos visitantes del Museo a esa hora eran una familia con dos niños y el propio Jonathan. Para controlar la seguridad solo estaba la señora de la taquilla. Era cuestión de esperar que los niños se aburrieran y entonces iba a estar a solas con la vitrina de Doncel y su astucia debería revelarle algún método para apoderarse del machete. Cuando sintió que no podía ser observado, sin necesidad de operar con sigilo, con su fiel navaja multiusos comenzó a romper la silicona que pegaba las paredes de vidrio. Fue una tarea fácil y satisfactoria, aunque al destapar la urna emanó un efluvio que lo sacudió como un golpe a la cabeza. El machete era pesado y su filo todavía brillaba.

Al día siguiente Jonathan jugaba fútbol. Quiñónez le hizo un buen pase; confiado, corrió al espacio a donde se iba a dirigir el balón y, en la carrera optimista, su pierna derecha se entumeció y dejó de responder. Jhonathan no sintió el dolor punzante de un calambre; solamente la rigidez en su pierna que su voluntad no lograba doblegar. Sin dolor y sin flexibilidad en su pierna derecha, Jonathan se marchó a su casa rengo, entre las burlas de sus amigos.

Para llegar a su casa tuvo que atravesar la plaza polvorienta del pueblo ante las miradas escrutadoras de los que se reunían en las tiendas antes de regresar a sus casas. El menor de los hermanos Varela le gritó un chiste obsceno sobre su manera

de caminar; Jonathan le respondió con un insulto automático y decidió dirigirse con más prisa a su casa sin entrar antes a la droguería, como era su intención.

En el momento de entrar a la casa se encontró sorpresivamente a su abuela Sofía, que estaba parada, a menos de un metro de la puerta, como si estuviera esperándolo. Su abuela estaba casi sorda y no pudo haber escuchado el arrastre de la pierna que imposibilitaba el ritmo de la marcha y, sin embargo, Jonathan de alguna manera estableció mentalmente un vínculo entre su cojera y la aparición súbita de la abuela en disposición expectante. Su abuela balbuceó un saludo, como disculpándose por haber sorprendido a su nieto, miró la pierna coja, dirigió la mirada al piso y se retiró a su rincón favorito de la casa, donde el sol de la mañana se colaba a través de las ventanas.

Jonathan vio televisión por un rato, pero ni siquiera se podía concentrar en la emisión. Su preocupación por la rigidez de la pierna se incrementó. No sentía dolor, solamente la obstinación pétrea de la articulación que desobedecía las órdenes del cerebro. También se apoderaron de Jonathan unas insoportables ganas de dormir que lo obligaron a ir a la cama antes de que llegara su madre.

El terror invadió a Jonathan cuando se despertó a la mañana siguiente porque fue incapaz de hacer mover la mano izquierda para despejar sus ojos. Trabajosamente, Jonathan se levantó de su cama, fue al baño y la imagen del espejo lo espantó. Sus mejillas adolescentes parecían disminuidas y la mirada se había vuelto más pequeña y daba la impresión de ser más aguda. No podía mover voluntariamente el brazo izquierdo ni la pierna derecha. Sentía un hilo que vinculaba las dos extremidades, que las sujetaba y de esta manera todo el cuerpo de Jonathan

se iba quedando anclado. Tenía la sensación de que un poderoso lastre invisible lo atravesaba diagonalmente de izquierda a derecha, de arriba a abajo.

Regresó Jonathan a su habitación moviéndose penosamente y volvió a acostarse. Fijó su mirada en el machete que había robado del flanco de don Evaristo Doncel. Nuevamente se apoderó de él un deseo fulminante de agarrar el machete, pero cuando se iba a incorporar, el lastre de peso infinito dominó su pierna izquierda. Con resignación y estoicidad impensables Jonathan se abstuvo de gritar, de avisar a su madre o a su abuela. Pensó que el tiempo, sin ningún aditivo, se iba a encargar de devolverle la movilidad a sus extremidades. Y, sin embargo, el deseo obsesivo de tener entre sus manos el machete no se disipaba.

En una esquina de la plaza del pueblo un hombre sobre un caballo pasa ruidoso muy cerca de una niña que no tiene más de quince años. El hombre está vestido de manera elegante: camisa blanca intachable, pantalón negro y su figura está coronada por el brillo de un sombrero panamá. El caballo se ve nervioso. La señorita aparentemente ignora los ruidos y prosigue con su rumbo imperturbable. El hombre y su caballo marchan de manera paralela, el hombre le sonríe seductor a la muchacha y le habla. Cuando la muchacha quiere girar hacia la izquierda, el hombre y su caballo se interponen. Si la mujer quisiera continuar con el camino que su movimiento reveló, tendría que contrariar al hombre del panamá. La muchacha corrige la intención del desvío y continúa con el camino que traía, ahora acosada más estrechamente por el hombre. El hombre se baja de su caballo, lo conduce por el cabestro y con ademanes ostentosos señala una trayectoria que la buena educación de la muchacha la obliga a

tomar. Cualquier otra alternativa significaría huir. Esto constituiría una grave afrenta a don Evaristo Doncel, propietario de casi todos los galpones de pollos de San Bernardo, y por ello a toda la sociedad del pueblo. Este ultraje, de haberse llevado a cabo, solo podría acarrear terribles consecuencias para toda su familia.

Sin haber contacto físico, es evidente que ahora quien decide la trayectoria es Evaristo, la muchacha lo sigue con la autonomía de un tren. Abandonan la plaza del pueblo, se internan en una calle aledaña, amarran el caballo al único árbol de la calle y entran a una bodega. Sin mediar palabra, Evaristo acorrala a la niña contra la pared, la mira fijamente y apoya delicadamente sobre su cuello el filo brillante de su machete. La ojos tristes, de resignación, de sometimiento a la fatalidad, son de manera inequívoca, los mismos ojos que Jonathan ha conocido desde siempre en su abuela, incluso desde cuando todavía era capaz de ver.

Jonathan se despertó muy sobresaltado, con el terror que produce ser incapaz de correr, de huir, ante una amenaza en un sueño. Pero el instante de pánico se extendió a la vigilia: Jonathan no era capaz de moverse un ápice en su cama. La anquilosis se apoderó de todo su cuerpo. Jonathan cedió finalmente al miedo e intentó gritar. No solo no pudo abrir la boca ni emitir sonido alguno, sino que se percató de que no estaba respirando. Alguien vendría más tarde a cerrarle los ojos. Pero antes quería verse en un espejo, pues ansiaba comprobar que se veía muy parecido a la abuela Sofía.



DÍA UTÓPICO

TANIA LUCÍA FONSECA



Me dispuse a contemplarla, era casi imposible no detenerme y explorarla, sus ojos de un color indescifrable retaban al azul del cielo y al color de las aves que vuelan a las seis de la mañana en la cabaña del viejo Roberto. Su risa sonora y estrepitosa no dejaba de asombrarme, su lindo cuerpo era una secuencia de caminos interminables donde cualquier explorador podría emprender el viaje más victorioso de su vida. Ese día, ella se convirtió en mi idioma favorito.

Con desfachatez la agarré, le pedí unos cuantos minutos para reaccionar y parecer racional, le hablé como si me escuchara, le pregunté que si esto estaba bien. No me respondió, de hecho, solo yo podía hacerla hablar o, en este caso, callar. Cerré los ojos retando a mi infinito, sabiendo que la paz del mundo la encontraba dentro de ellos, y en ese momento era indiscutible pedir que el negro espacial que veía me ayudara. Respiré por costumbre y no paré de sudar; perdí el sentido de orientación y las ganas de observar el reloj. Me alejé de tanto dolor de mundo que llevaba en la espalda tres horas atrás, me quedé, olvidé la cantidad de veces que por miedo no lo había querido hacer, y es que esa sensación de miedo a lo desconocido me había invadido como una enfermedad incurable, pero ¿qué más da? El tiempo se extraviaba.

Saqué varios sueños que guardaba entre mi ropa, mi respiración fue cambiando con el pasar de los segundos, cada vez más rápida, cada vez más intranquila y sentí cómo mi cuerpo se estremecía —eso me habían contado de la poesía—, cómo cada parte del mapa que llevo por piel tenía un lugar, exacto y preciso, como los tan amados sonetos de Jazz que de fondo me acompañaban. Esta vez no era yo quien decidía qué hacer, era el destino y el frenesí, era el tiempo y el espacio que se abrían ante mí, sin medida alguna se reducían con grandeza a un destino verosímil. Éramos la escritura y yo, formando solo un cuerpo dispuesto a volar y caer, entre versos, cuentos e historias que poco a poco aprendo a contar, y aunque se reproducen entre cortas líneas, estas, se asemejan a las olas del mar.



LA BELLEZA, EL DESTINO Y LA MUERTE EN URUK

NATALIA ISABEL SERRANO CRUZ



Uruk, la ciudad más antigua consolidada en la tierra, se caracterizaba por ser la sociedad más predominante de la antigua Mesopotamia. Allí vivía una población que implementaba la escritura y los primeros campos del derecho. Se consideraba una urbe próspera debido a su cercanía con el río Éufrates, además de ser un buen escenario para los negocios, la burocracia y la vida cotidiana. Muchas de las personas

en las ciudades vecinas se trasladaban a Uruk para poder obtener un mejor modo de vida, como fue el caso de los hermanos Origen, quienes decidieron trasladarse a esta ciudad, la más relevante del Imperio Sumerio.

Los hermanos Origen: Belleza, Destino y Muerte, llegaron a Uruk con la esperanza de un cambio significativo en sus rutinas diarias. Al llegar, encontraron una ciudad organizada de tal forma que todos los habitantes ejercían una actividad que complementaba las otras; funcionaban como una cadena. La agricultura, el ámbito religioso, el comercio y la política eran los ejes de trabajo. La sociedad de Uruk no permitía que nadie entrara a la ciudad sin un talento que ofrecer. Los hermanos Origen no tenían mucha idea de ninguno de estos trabajos y les asustaba no poder permanecer en tan majestuoso territorio.

—Belleza, ven acá, no seas imprudente —replicó Destino—. Primero debemos saber cómo nos presentarnos ante Enmerkar para ser aceptados como buenos ciudadanos, eso es lo que somos. ¿Recuerdan algo, hermanos, en lo que hayamos sido buenos y que podamos ofrecerle al rey para su ciudad? Debemos tener una respuesta para antes de que termine el día, no podemos pasar más tiempo sin comer y sin dormir bien.

—Destino, es tu culpa que estemos pasando estas necesidades —dijo Muerte—. No culpes a Belleza solo porque no sigue tus indicaciones. Fuiste tú quien insistió en venir a una ciudad desconocida, sin saber lo que nos esperaba. Dejamos todo en Eridu, por los rumores de la ciudad de Uruk, y ahora estamos pagando caro.

Los hermanos discutieron por varias horas sobre sus verdaderos talentos, debían encontrar algo qué mostrarle al rey de

Uruk, pues ya no podían volver a su antigua rutina y no tenían adónde más ir. Empezaron a analizar cuáles eran sus características. Belleza era, de los tres hermanos, el más apuesto, pero el más decidido a ejecutar las cosas en el momento, no tenía miedo a nada. Destino era el hermano más impulsivo, era quien incitaba a sus otros dos hermanos las ganas de hacer nuevas cosas, aparentaba que todo lo que hacía no fuera a tener implicaciones en el futuro, nunca le tenía miedo a las consecuencias. Muerte era el hermano más callado, era quien permanecía más tranquilo y quien con más sabiduría tomaba las decisiones.

—¡Ya no hablen más!, son las personas más ruidosas que han entrado a esta ciudad —replicó una voz detrás de los hermanos—. Me presento: soy Enmerkar, el rey de Uruk, he estado escuchándolos un largo rato y admito que entiendo la preocupación sobre su estadía y alimentación.

Nunca había conocido a personas tan determinadas a encontrar un atributo por ofrecerle a mi ciudad y considero esto un privilegio. Sin embargo, las reglas ya están definidas: no puedo recibir a ningún poblador que no tenga una habilidad para Uruk, aunque como rey del territorio, tengo ciertos privilegios y les puedo conceder tres días, un día por cada hermano, para que me muestren por qué razón deben quedarse. Espero sus habilidades sean asombrosas, pues son jóvenes y se nota su inteligencia. Al cuarto día les diré mi respuesta, y si me lo gran sorprender con su talento, un regalo que nunca nadie en estas tierra ha obtenido será de ustedes; de lo contrario, su destino será la ejecución. Tienen dos horas para pensar si aceptan o rechazan mi propuesta, nos encontraremos en el templo de Eanna —replicó Enmerkar—.

Pasadas las dos horas, los hermanos Origen caminaban hacia el interior de la ciudad al templo Eanna, donde sabían que ya el rey Enmerkar los estaba esperando. Se notaba el miedo y la angustia de la decisión que habían tomado. Al llegar, Belleza toma la palabra y afirma que está muy agradecido por la compasión y paciencia que la ciudad ha tenido con él y con sus hermanos; por esta razón, aceptan la propuesta del rey. Con la determinación de ser símbolo de agradecimiento por tan amables actos, el rey los mira con felicidad y sosiego, hace llamar a uno de sus súbditos para asignar una casa a los hermanos. Señala a Belleza como el hermano que va a mostrar su talento para el primer día, en segundo lugar asigna a Destino y para el tercer día a Muerte.

Los hermanos temían que actos tan generosos fueran una trampa; además, tenían ciertas dudas sobre cómo el rey iba a evaluar sus habilidades, pero ya habían tomado la decisión y solo quedaba luchar por su permanencia y su vida.

DÍA 1

—Espero encontrar mi verdadera habilidad, debo ser yo quien gane el premio del rey—susurró Belleza, mientras caminaba por el anillo de actividades de la ciudad—.

Después de un rato, estaba sentado pensando en la mejor forma de aplicar todo su conocimiento del pasado de la forma más ingeniosa, cuando observó a una cadena de señoritas que admiraban su presencia.

—Debo ser lo más atractivo que se encuentre en esta gran ciudad—pensó Belleza—.

Pasado el rato, el primer hermano, maravillado con la atención obtenida, se distrajo de su verdadera tarea y mientras conversaba con una de las hijas del mercader más importante del territorio, observó a una señora de edad avanzada caminando con dificultad, tropezando con todo a su paso y a punto de caerse, la ignoró y pensó:

—Pobre señora, la podría ayudar, pero esta hermosa joven quizás nunca más me vuelva a dirigir la palabra cuando se entere que soy pobre.

Después de conversar un rato, fue a la casa a comer algo y volvió después a la ciudad, caminó hasta el río y vio a muchas personas tratando de pescar una gran cantidad de alimento y pensó:

—Los podría ayudar pero debo hallar nuevamente a mi hermosa compañera, pues en cualquier momento se irá con su padre y quizás no la vuelva a ver jamás.

Ya en el final del día, con la frustración de no haber encontrado a la joven, recordó su tarea: dónde o cómo ser útil, y al olvidarlo por completo se sumió en una frustración total de que su ejecución estaba decidida.

DÍA 2

Destino, sin saber del fracaso de su hermano, decidió levantarse temprano y caminar por la calle. Era un buen amanecer, no se veía una nube cerca. Después de caminar por un rato se sentó en el mismo lugar en que su hermano había estado el día anterior y pensó: ¿cómo debo encontrar mi habilidad? Por un momento se quedó mirando una casa de color amarillo.

Era la casa del rey y se fijó en que había un gallinero en el cual habían bastantes gallinas. Su mente se iluminó y pensó en liberar todas las gallinas para después capturarlas y convertirse en el salvador del territorio, sin tener en cuenta que este alimento estaba destinado para las celebraciones próximas de Enmekar, su futura boda y la llegada de su hermano que estaba en una travesía por toda las tierras del Imperio Sumerio. Entonces Destino caminó hacia el gallinero y liberó todo, aproximadamente unas diez mil gallinas. Al ver la cantidad de animales por todas partes, se asustó y decidió irse a la casa; pensó que alguien más las capturaría, pues él no se sentía con la capacidad de hacerlo. Caminó hacia la casa con la resignación que su ajusticiamiento era lo único que esperaba.

DÍA 3

Muerte había seguido a sus hermanos los días anteriores, y con la decepción por sus actos, empezó poco a poco a arreglar lo que habían hecho para no afectar el pueblo que tan amablemente los había recibido. Después de que la señora de edad se tropezó, Muerte la levantó, la llevó a su casa y le realizó las curaciones. Después de que Destino liberó las gallinas, Muerte tardó toda la noche en guardarlas una por una, procurando que las diez mil quedaran en su lugar, para ser cocinadas para todas las celebraciones del rey. Sin embargo, Muerte no le daba importancia a mostrar su habilidad, solo quería que sus hermanos no se metieran en más problemas, pasó todo el día tras ellos evitando los estragos.

DÍA 4

El rey Enmerkar citó a los tres hermanos en el templo, para hacerles saber su decisión. Los hermanos asistieron aun con la

esperanza de que el rey tuviera misericordia por no haber cumplido con su tarea y les perdonara la vida. El rey empezó a hablar comentando los hechos que habían acontecido en su ciudad desde la llegada de los hermanos Origen. Era notoria la molestia que tenía el rey. En un momento se dirigió hacia Muerte y le dijo:

—Tú no deberías solucionar los problemas de tus hermanos, ellos deben ser los responsables por sus actos.

Muerte agachó la cabeza y asintió, sabía claramente que había descuidado su tarea por estar en auxilio de Belleza y Destino, a quienes poco les interesó su tarea.

Enmerkar llamó a todo el público presente para poder transmitir cuál era su decisión: los hermanos Origen iban a ser ejecutados. El rey había dejado muy en claro que debían encontrar un talento para la ciudad de Uruk; sin embargo, lo único que hicieron fue ocasionar problemas a los habitantes. Antes de proceder con su mandato, se dirigió nuevamente a Muerte y dijo:

—Debido a tu generosidad para con el pueblo, tratando de evitar los problemas, te concederé un deseo.

Muerte contestó:

—Mi aspiración es que el nombre de mis hermanos y el mío queden siempre presentes en el pueblo de Uruk.

El rey, sorprendido por el pedido, dijo:

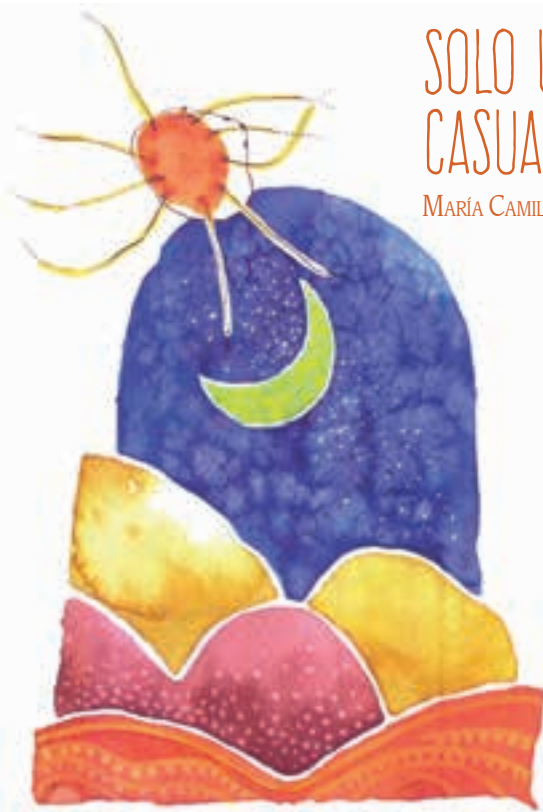
—¿Cómo te gustaría que quedaran los nombres en el pueblo?

Muerte respondió:

—Belleza será el nombre que le otorgarán a la majestuosidad cuando nazcan nuevos miembros dentro de esta sociedad que posean características físicas y morales otorgadas por los dioses. Destino será llamado el futuro, imprevisto y lleno de incertidumbre, que permite que la esperanza del nuevo día posea una razón de fe y motivación. Muerte será el final de una vida, será calmada y paciente, un proceso que eventualmente llegará; será de felicidad por la labor cumplida y de satisfacción por conocer el destino que con expectativa se esperaba, pero sin duda alguna marcada por la belleza de evidenciar el mágico proceso de la vida.

Enmekar, consternado por el discurso, accedió. Finalmente, la lluvia abarca Uruk, dando aviso que los tres hermanos ya no estaban...





SOLO UNA CASUALIDAD

MARÍA CAMILA CASTELLANOS ESCOBAR

Aquí estoy, frente al espejo, con los ojos fijos en mí. No puedo creer que después de tanto tiempo, exactamente tres años después de enviar ese mensaje, sigamos juntos. Todo comenzó por coincidencia, pero ha sido la mejor de todas.

Era una fría tarde de enero; el invierno era fuerte ese año. Fraser, como de costumbre para todo británico, se encontraba en su casa tomando té mientras pasaba el tiempo en una de esas aplicaciones para aprender otros idiomas, conociendo personas de todo el mundo con el fin de practicar y así mejorar sus habilidades. Ya eran más de las 6:00 de la tarde, afuera nevaba, el timbre sonó y sus perros, Tyler y Ruby, comenzaron a ladrar en la puerta emocionados; su hermano había llegado con la cena. Cuando regresó al sillón, la pantalla de su celular alumbró, un mensaje nuevo:

—Hey, what's up? I'm María, from Colombia. How are you? Where are you from?

A lo que, asombrado, respondió:

—Hey, everything's ok. I'm Fraser from UK.

Me recojo el cabello, no decido si llevarlo suelto o en una coleta, el tiempo pasa rápido, termino de arreglarme mientras recuerdo vívidamente cómo comenzó todo. Golpean la puerta, me acerco lentamente y ahí está él, con sus 185 centímetros de estatura, sus pícaros ojos grises y su sonrisa perfecta. Aún no logro entender cómo sigue conmigo; él tan perfecto y yo llena de inseguridades y temores, aunque parece que eso a él no le importa. Me toma de la mano mientras detrás de mí se cierra la puerta de madera de nuestra habitación y bajamos juntos al lobby del hotel.

Es ya media noche. Fraser sigue hablando con María de todo y a la vez de nada, sin imaginarse lo que podría llegar a sentir por esa persona que se encuentra a 8500 kilómetros de distancia. Las horas pasan sin que se den cuenta y se van

conociendo un poco más; tienen intereses similares y el interés que sienten el uno por el otro empieza a crecer sin que se den cuenta. Los días se les van hablando. A pesar de las 7 horas de diferencia horaria, logran compartir la mayor parte del día con el otro. Se cuentan todo: desde sus más grandes sueños hasta lo más insignificante que les pudo pasar durante el día. Mensaje viene y mensaje va, una que otra fotografía se cuela compartiendo sus culturas tan diferentes. No hay momento del día en el que no estén pensando el uno en el otro, ni día de la semana en el que no hablen, y así pasan los meses, deseando estar juntos y poder materializar todas esas palabras que se han dicho, deseando poder sentir el calor de sus manos juntas, deseando el poder verse por primera vez.

Me aprieta fuerte contra él. Siento su mano rodeando mi cintura, me encanta cómo me hace sentir, es una mezcla de seguridad y ansiedad que no logro explicar; a su lado me siento protegida. Se agacha lentamente, esos 30 centímetros que nos separan a veces resultan ser tan molestos, lentamente con su acento británico me dice suave al oído: “you make me really happy” y con un beso en la mejilla cierra sus palabras. Me mira fijo a los ojos y sonríe, consciente de todo lo que acaba de ocasionar dentro de mí. Cuando estamos juntos, me siento completa, aún no logro entender cómo estuve tanto tiempo sin él, y es que conocerlo entre 7.229.916.048 personas que habitamos el planeta Tierra es una oportunidad única, algo que estoy segura solo pasa cada millón de años. Caminamos lentamente, aún tomados de la mano, bajo la noche estrellada sin mencionar una palabra. No necesitamos cruzar palabra para tener la conversación más profunda, y tal vez la más importante de

nuestras vidas; después de esta noche ya nunca más estaríamos solos.

Los meses pasaron, las conversaciones se volvieron cada vez más intensas y fuertes; las ganas de verse aumentaban con el deseo de poder tocarse. A pesar del océano que se interponía entre ellos, buscaban la forma de comunicarse, de poder oírse, de sentirse lo más cerca posible. Se fueron sumergiendo en un mundo de fantasía que no sabían si algún día explotaría o se haría realidad, pero a ellos eso no les importaba; estaban conformes con la forma en la que llevaban su relación, si así se podía llamar. El tiempo se les iba hablando de posibles lugares de encuentro, de lo que harían si estuvieran juntos, planeaban ambos un futuro en compañía del otro, un futuro que no sabían si llegaría algún día, pero que ambos anhelaban más que cualquier otra cosa.

Nos acercamos poco a poco a la playa, siento cómo la brisa acaricia mi cabello, cómo la arena se cuele entre mis zapatos, cómo la presión de su mano en la mía me reconforta. Las olas vienen y van, nos detenemos a observarlas; es una escena tan común pero que cada vez se vuelve la más importante de mi vida, porque comprendo que es allí, junto a él, en esa playa, donde pertenezco. Sus brazos rodean mi cuerpo por la espalda, alcanzo a sentir el latir de su corazón y el mío se acelera; me aprieta fuerte contra su cuerpo y nos quedamos inmóviles, mirando el horizonte, seguramente pensando en lo que nos depara el futuro juntos.

Después de los meses llegaron los años, y la relación entre María y Fraser no había cambiado ni siquiera un poco. Un día

normal de abril llega un mensaje al correo de María: había sido aceptada para estudiar en España, específicamente en Barcelona, su ciudad de ensueño. Su alegría era tan grande que lo único que podía pensar era en cómo contarle la noticia al misterioso británico con el que llevaba hablando ya dos años, por fin todo lo que habían soñado tal vez se materializaría. El vuelo de 10 horas y media se sentía más eterno de lo que era, la ansiedad la consumía, los nervios se apoderaban de su cabeza y las preguntas empezaban a surgir: ¿y si él no era quien parecía ser? ¿Y si todo había sido una ilusión y una mentira? Al fin de cuentas, cada uno tenía una vida real fuera del celular. María ya no sabía qué pensar. Por un momento, sintió su mundo derrumbarse. Se mentalizó que iría solamente a estudiar y lo que pasara de ahí en adelante sería un plus en su vida.

Barcelona se veía como una ciudad prometedora; el clima del Mediterráneo era perfecto, la arquitectura simplemente magnífica y su gente, espectacular. María se sentía como en casa. Una tarde de verano, mientras caminaba por la Sagrada Familia, sintió como alguien colocaba la mano en su hombro. Se volteó agitada, nadie que conociera estaría ahí, en ese momento. Al mirar detrás de ella, se encontró con una figura alta que le sonreía. Su corazón se paralizó, sus piernas le fallaron, no lo podría creer: era él, aquel hombre con el que había soñado por dos años y unos meses. Había venido de sorpresa por ella y, como pudo, se las ingenió para averiguar donde se encontraría esa tarde de julio. María estaba asombrada, no lo podía creer. Sabía que era uno de los mejores momentos de su vida; tal vez para ella, poco conocedora del romance, el más romántico de todos. ¿Quién se imaginaría que, después de años hablando y kilómetros recorridos, él llegaría sin previo aviso a

sorprenderla en una de las obras de arquitectura más imponentes del mundo? Para ellos fue el momento decisivo; ahí sabrían si tendrían un futuro juntos como lo habían hablado alguna vez. De repente, las preguntas y los miedos empezaron a salir junto con la alegría y el deseo que embargaban el momento.

El día pasó perfecto. Recorrieron Barcelona juntos como si se conocieran de toda la vida, hablaban en español e inglés con naturalidad como si estuvieran hechos el uno para el otro; su conexión era perfecta. Se sentía que estaban destinados a ser y nada ni nadie se los podía negar. Con el caminar llegó la noche; la luna llena iluminaba la ciudad. Era el lugar perfecto para dos enamorados ilusionados por lo que el futuro les iba a deparar, pero sin imaginarse, siquiera un instante, que estarían juntos por siempre.

Desde que nos conocimos no necesitamos hablar demasiado, supongo que era una cuestión de energías. Nos entendimos muy bien desde el principio; nos decíamos todo con tan solo mirarnos, quizá así se sienten las cosas cuando encuentras a esa persona con la que estás predestinada a estar desde el inicio, o al menos eso me gusta pensar para justificar cada una de las acciones que me llevaron a él. Desde que empezamos a enviarnos mensajes, comprendí que él era importante y único; que era todo lo que quería para mi vida, era lo único que necesitaba para ser yo misma, era él único con el que me gustaría compartir cada una de las aventuras, mis locuras, a quien le confiaría mis sueños, deseos, miedos y esperanzas.

Sabía que esta había sido la mejor decisión que había tomado, sabía que Fraser iba a ser mi apoyo incondicional de

ahora en adelante y que yo sería el de él, que esos ojos grises me mirarían a mí, solo a mí, por siempre, que esa sonrisa perfecta me haría suspirar por años. Por fin había encontrado a mi compañero de por vida, alguien que soportaría conmigo los traspies que trae la vida, alguien que, más que un amante, es un amigo.

Y no creo que nadie en el mundo se podría llegar a imaginar cómo me siento en este momento al caminar al lado del hombre perfecto para mí. Ni yo misma logro comprender todo lo que siento dentro, solo la luna y las estrellas son testigo de lo mucho que lo amo y lo mucho que anhelaba este momento, tal vez desde que le escribí por primera vez sin saber si obtendría una respuesta de vuelta. Me sentía afortunada, realmente afortunada, por él, por mí, por este magnífico momento, todo era un sueño, un sueño realmente bueno, del cual no quería despertar nunca. Y si alguien me hubiera dicho hace unos meses que todo terminaría así, no hubiera sido capaz de creerlo.





HISTORIA DE CACHOS

EDWIN LEANDRO SUÁREZ

La puerta sonaba siempre a la misma hora y los mismos días: 02:37 p. m.; martes, jueves y sábados. Todos en la casa sabían de quién se trataba, pero solo Julián había notado esta puntualidad, la misma que lo llevaría a comparar a Paloma con el Phileas Fogg de Julio Verne (pensaba que este rumiante no era colombiano, pues siempre escuchaba que los colombianos eran impuntuales); sin embargo, se preguntaba

cómo habría podido llegar una vaca desde Londres hasta este sitio distante en el Tolima, al que solo arribaban dos buses destartados en el día, cuestionamiento a partir del cual se preguntaba si esta podría darle la vuelta al mundo en menos de 80 días. En todo ello pensaba mientras sacaba las cáscaras de plátano verde (paloma rechazaba las cáscaras maduras) que la vaca comía con avidez. De vez en cuando se sentía atemorizado con la lengua gigante que por momentos le rodeaba toda su mano, dejándosela empapada en saliva; no obstante, el animal nunca le ocasionó daño alguno; por el contrario, permitía, con evidente estoicismo, que el niño le acariciara el lomo, aunque se sentía inquieta cuando este trataba de tomar sus cuernos.

Las inquietudes sobre Paloma ocupaban buena parte del tiempo de Julián; sabía que debía resolverlas solo, pues cuando intentó preguntar a sus padres, solo obtuvo como respuesta un lacónico “eso, siga pensando en esa vaca y no haga las tareas”. Solo hasta la adultez comprendió que los padres no responden las preguntas de un niño de siete años, porque han perdido la capacidad de sorprenderse, permitiendo que un monstruo llamado rutina devore sus ilusiones. No obstante, su mente de niño ignoraba tal realidad, de manera que estaba resuelto a descubrir todos los secretos de Paloma, que, para ese momento, representaban el asunto más importante de su existencia.

El Jueves Santo sería la oportunidad esperada. Lo tenía planeado desde febrero, ese día todos estarían ocupados en la preparación de los oficios religiosos y él contaría con la excusa perfecta para salir de casa sin tener ninguna oposición.

—¿Para dónde va, jovencito?

—A la casa cural, el padre Fulgencio va a escoger dos niños para que sirvan de acólitos.

—¿Y por qué no había dicho? Aproveche y llévele el mantel que bordó la abuela —suspiró—. Tan lindo mi chinito, cómo me gustaría verlo de cura. Vaya rápido y me le hace caso a todo lo que diga el padre.

—Sí, señora madrecita, bendición.

—Dios me lo bendiga, mi rey hermoso.

Durante mucho tiempo pensó que había sido un gran pecado ocultarles a su madre y a su abuela que el mantel que esta había bordado durante cinco meses, lo había perdido por andar estudiando los pasos de Paloma. La humildad y la reverencia de ambas estuvieron de su parte: ninguna de las dos se atrevió a preguntarle al padre (aunque anhelaban saberlo) si le había agradado el mantel; pensaban que, si lo hacían, el padre podría pensar que de algún modo le estaban cobrando, de manera que decidieron pensar que el sacerdote no lo había agradecido por la cantidad de asuntos que debía atender en la fiesta santa y que la mayor gratitud la tenían de san Antonio, a quien atribuían la curación de las úlceras del abuelo.

En su recorrido, Julián pudo observar el itinerario de su amiga de cuatro patas. Supo que ella no golpeaba en todas las casas; por el contrario, solo acudió pasiva a dieciséis, cuatro de las cuales correspondían a los hogares de amigos de sus padres con los que habitualmente se encontraban en las celebraciones eucarísticas; otras seis eran hogares de profesores que había

visto en la escuela; los seis restantes eran de personas que él no conocía. Otro hecho que le llamó la atención es que, en todos aquellos sitios, Paloma era atendida por niños, que con alegría y cariño le entregaban las cáscaras verdes de plátano que tanto agradaban al rumiante.

En lo corrido del mes tuvo la oportunidad de seguir nuevamente a Paloma en varios días diferentes. Cual investigador, pudo observar y tener claridad sobre la totalidad de sus hábitos, pudo determinar que esta solo acudía a treinta y dos casas del pueblo; que evitaba los mismos lugares por los que sus padres, los de él, le tenían terminantemente prohibido pasar, que correspondían a sectores de música estridente y mujeres cuya vida era descrita por su madre con una palabra que él no comprendía del todo: licenciosa. También supo que Paloma no tenía un hogar como las demás vacas, que solían estar en fincas junto a varias compañeras; por el contrario, al terminar la tarde, Paloma se echaba tranquila sobre el pasto amarillo que se encontraba en un lote aledaño a la iglesia. Notó también que Paloma no tenía marcas en su piel, como las dos RR encerradas en un círculo de las novillas del alcalde Romero.

Así surgió una amistad humano-rumiante, en la que el primero hablaba interminablemente contando todos sus pensamientos a la segunda, que pasivamente parecía escuchar y entender todas sus aventuras y desventuras. Amistad que solo fue interrumpida una tarde en la que el alcalde Romero cometería el acto más horrible que Julián pudiese presenciar. Era un miércoles. Paloma recién había llegado a la casa de Julián y este se encontraba listo con la merienda de su amiga; no bien hubo probado el primer bocado, un lazo se posó sobre el cuello del

animal, que intentó resistirse a esta inesperada detención, pero que luego aceptó sin mayor resistencia como quien conoce previamente su destino.

Dos hombres seguían las órdenes del alcalde Romero: tras enlazar a Paloma, la trasladaron hacia la parte baja del pueblo. Julián se fue tras ellos, preocupado por la suerte de su amiga, pensando en qué podía hacer para impedir aquel acto que no lograba entender del todo, pues pensaba que no era justa aquella detención arbitraria. Los hombres avanzaron cerca de quince calles hacia un lugar que el niño nunca había visto. Se trataba de un edificio de una sola planta, del que emanaban olores nauseabundos y en el que se veía una gran cantidad de aves negras a las que los mayores llamaban chulos y cuyo aspecto le resultaba intimidante. Julián tenía mucho miedo; sin embargo, decidió tratar de averiguar lo que harían con su amiga, a la que le dieron crueles azotes para obligarla a ingresar por una entrada estrecha llena de fango que la condujo a un sector húmedo del edificio, en el que el niño observaría el peor acto de barbarie que hubiese podido presenciar hasta ese momento de su vida.

En la mitad del recinto, dos hombres se aprestaron a rodear con un lazo las patas traseras y delanteras de su amiga, haciendo que esta perdiera el equilibrio y cayese al piso. Julián sintió como suyo el dolor de la pesada caída; pero Paloma conservaba la calma y apenas trataba de resistirse, movida quizá por el instinto de conservación que, en todo caso, no fue superior a la fuerza de sus verdugos. Los lazos que salían de sus patas fueron halados con destreza y amarrados a dos columnas que parecían estar dispuestas estratégicamente con este fin, de tal suerte que por más que intentara luchar el animal, sería im-

posible liberarse de aquella tortura. Un tercer lazo sujetaba su cuello, terminando de impedir cualquier movimiento de Paloma. El máximo horror llegaría con un hombre regordete, que avanzó con dos cuchillos enormes por el pasillo, uno de los cuales entregó a su ayudante. El hombre se apostó sobre el lomo del indefenso animal, hundiendo el cuchillo hasta lo más profundo de su cuello, en un acto que Julián sintió como si se tratara de su misma humanidad la que se estuviera esfumando con el torrente de sangre que salía a borbotones del cuello de la que, hasta ahora, había su única gran amiga.

El terror dio paso a la extrema tristeza. Por un momento Julián consideró que todo era un sueño; sin embargo, su alargada conciencia infantil le permitió entender que no había vuelta atrás, que su destino estaba marcado, que nada sería igual que antes y que, en definitiva, los días felices que precedieron serían simplemente la antesala de la desgracia. Un golpe de maseta cayó firme sobre el cráneo de la muerta, uno de los cuernos salió despedido de su puesto y cayó justo a los pies del niño, que instintivamente lo tomó y lo guardó en el bolsillo de su pantalón corto.

Como pudo, salió de aquel lugar. En medio del temor, sufrió una caída y una leve cortada en su mano izquierda. Cuando llegó a la casa, estaba cubierto de sangre y barro.

—¿Dónde andaba, jovencito? Mire esa facha que trae, esto se lo va tener que explicar a su papá.

—Me caí saliendo de la escuela.

—Miren esa herida, vamos rápido para el hospital.

—No es nada, mamá. No se preocupe, ya me limpio.

Contrario a lo que esperaba, la herida no sanó tan rápidamente; por el contrario, una grave infección se esparció por todo el espacio de ella. Varios días pasaron, y pese a que acudieron al médico, su estado continuó empeorando: las fiebres lo hacían delirar, al punto que, en horribles visiones, observaba cómo a su amiga le apuñalaban sin consideración alguna; veía cómo los verdugos se convertían en monstruos, mientras sentía en el fondo el sonar de música intermitente.

—No podemos continuar así, Gabriel —alcanzó a escuchar que su madre le decía a su padre.

—No te preocupes, mujer, ya hablé con Drigelio y me presta el carro para llevarlo a Ibagué. Alista todo, salimos a las siete de la noche.

Empacaron algunas cosas, previendo que en la capital demorarían al menos una semana. Julián, que disfrutaba tanto los viajes, no sintió ánimo alguno al subir al carro. La debilidad era tal que solo quería acomodarse un poco para seguir durmiendo, pensando que en alguna de sus visiones lograría rescatar a su amiga. Al llegar al hospital, fue ingresado de inmediato al sector de cuidados intensivos, su estado era crítico. Sin embargo, el antibiótico mejoró bastante su condición, al punto de que la fiebre había disminuido bastante para la madrugada de aquel miércoles de noviembre, en la que escuchó a través del radio del pasillo.

—Alerta, alerta, cuando la noticia se produce, C..... se la comunica. Última hora, atención, la situación es crítica en esta población, las comunicaciones preliminares hablan de una destrucción de al menos el 80% de la población.

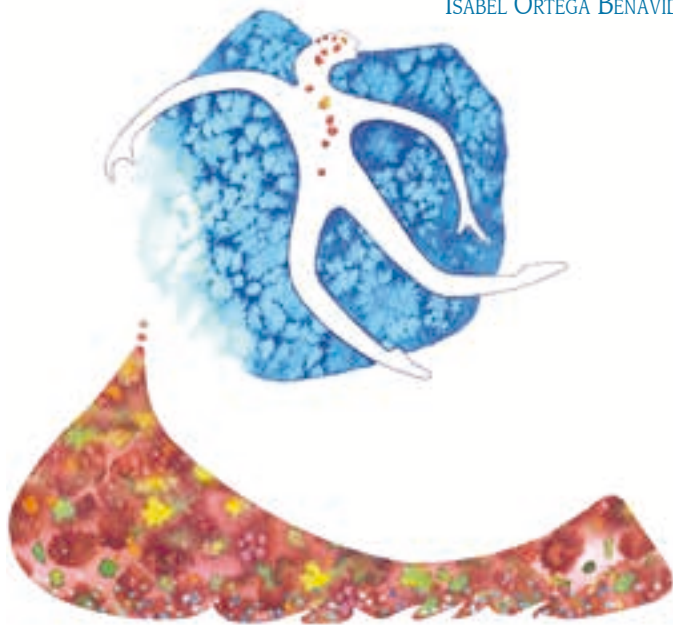
Julián no entendía muy bien lo que se decía en la radio. Posteriormente y luego de que estuviese repuesto del todo, tuvo conciencia de la magnitud de la tragedia. Sus padres daban gracias a Dios por haberse salvado; al mismo tiempo, lloraban amargamente la muerte de varios de sus familiares. Julián guardaba silencio tratando de comprender mejor las cosas. Luego se enteró de que pocas personas habían sobrevivido al lodo, y que entre ellas se encontraban los demás niños a los que Paloma visitaba.

Veinticinco años después lograría entender del todo las cosas, lo haría reflexionando en el atrio de la parroquia que dirigía en una población nariñense. Abrió la maleta en la que guardaba sus escasas pertenencias, como era propio en un sacerdote franciscano; debajo de una manta conservaba el cuerno de su amiga, lo tomó en sus manos y con lágrimas en los ojos comprendió de manera definitiva lo que había tenido claro desde siempre: que los ángeles no tienen necesariamente forma humana como lo sugieren las estampas de catecismo, sino que Dios, en su infinita misericordia, acude a cualquiera de los seres de su creación, para mostrarle a la humanidad, o por lo menos, a los que tengan capacidad de entender, la inmensidad de su amor.



EL BUS

ISABEL ORTEGA BENAVIDES



La ruta D nos lleva hacia la calle 80, la ruta B va para la autopista norte y la letra K en la pizarra del bus de Transmilenio es, según el mapa ubicado en el portal El Dorado, la que necesitamos tomar para llegar a casa. Después de un largo día de acompañar a la tía María a hacer diligencias varias, propias de las amas de casa, esas en las que difícilmente podemos negarnos a ser acompañantes, abordamos finalmente

el bus de Transmilenio. Como siempre, el ingreso nos acarreó dificultad, ya no hay mayor condescendencia con los adultos mayores ni mujeres embarazadas.

De repente, se escuchó el accionar de una palmada, pá, y murmullos entre las personas: —No le pegue. Así no se trata a una menor. —Así no, señora, así no. —Personas como usted deben ser denunciadas ante el Bienestar Familiar.

Tras el repentino escándalo, fue inevitable no volver la mirada hacia donde parecía el epicentro del suceso. Al instante, vimos cómo una niña de escasos diez años entraba rompiendo la conglomeración de gente en el pasillo del bus y tras ella, una mujer de cabello opacado por los años, mirada angustiada, baja de estatura y ropa ultrajada por la agitada vida en la ciudad. De pronto, el silencio se apoderó del bus, la expectativa de qué iba a suceder entre la madre y su hija era una incógnita que nos invadía a todos en aquel medio de transporte.

Grrrr, grrrr, raaaa grrr, sonidos que emitía la niña sentada al fondo del bus sobre la varilla que sostenía la puerta. Había logrado escabullirse entre la gente y tomar distancia de la mujer que la perseguía. Su mirada, penetrante y revestida de rabia para con aquella mujer, encarnaba el monstruoso sentimiento de odio que nos ataca en ciertas circunstancias. La mujer, a escasos tres metros de la niña, separada de ella por nosotras y otras personas, empezó a hablar con voz entrecortada:

—Es mi hija, por favor discúlpenla, esta mañana salió de casa y todo el día he tratado de no perderla de vista. Se ha subido a varios buses de Transmilenio, pero cuando intento acercarme, empieza a correr y su ira aumenta.

—Dios mío —dijo mi tía—. Que el Espíritu Santo tome control.

Al unísono, otras voces se unieron al ruego. Entre tanto, una de las pasajeras le dijo a la madre:

—Debería llevarla al hospital psiquiátrico, allá la pueden ayudar y posiblemente no le cobren.

En el costado opuesto, un hombre que cargaba a un niño en brazos sacó una tarjeta de su bolsillo y entregándosela le sugirió:

—Usted no debe pegarle, es mejor buscar otros mecanismos, llévela a esta dirección, allí le pueden ayudar. Pronto las sugerencias se presentaban una tras otra, porque en ocasiones así, todos sacamos el psicólogo que llevamos dentro. Mientras el consultorio médico tomaba vida en aquel bus, un hombre joven se levantó de la silla cerca a la niña y la ofreció a la mujer.

—No, tranquilo, si yo me acerco, ella empezará a correr de nuevo —dijo mientras luchaba por no dejar que sus lágrimas empañaran su mirada.

Siguiente estación, Normandía. —Disculpe, aquí me quedo. —Permiso. Como una corriente de agua en una desembocadura, muchos pasajeros empezaron a abandonar el bus y así como unos salían, otros entraban. Entre los nuevos ocupantes, un hombre de anteojos oscuros emprendió su ingreso velozmente con el propósito de ocupar el puesto que, pese a lo lleno del bus, se encontraba libre. En ese momento pensé que en ocasiones debemos desconfiar de lo que parece asequible en medio de la congestión. El hombre se sentó junto a la niña, ignorante de toda la situación y de la escena que muchos de

nosotros habíamos presenciado. Por más que intentaba quitar mi mirada de aquel espacio donde se encontraban, mi instinto curioso, y quizás el de supervivencia, me obligaban a estar atenta a cualquier movimiento que se pudiera desprender de aquel rincón.

Las personas nuevas, que no sabían lo que había ocurrido, pronto fueron cautivadas por los sonidos, los gestos y ahora las acciones de la niña con el hombre de anteojos oscuros sentado a su lado. Lo pellizca, le toca el brazo, lo mira, se ríe, le saca la lengua, le da un par de golpes en su hombro, no habla, solo rebuzna. A mi derecha, una mujer mayor me susurra al oído:

—Qué mala educación, se perdieron los modales.

No sé qué responder, contarle lo sucedido minutos atrás se me hace poco prudente, en parte por la cercanía de los demás pasajeros, que finalmente terminarían enterándose sin pedirlo. De pronto, alguien responde, integrado a la conversación:

—Debe tener algún problema. Pobre niña, tan joven y ya luchando con esos males.

Nuevamente, los murmullos entre la gente cobran vida, nuevas recomendaciones para la madre y la forma como debería tratar el visible problema que aqueja a su hija vienen y van de varios extremos del bus. Ya la madre ha pasado de ser victimaria a ser víctima y quizás las mismas personas que la condenaron en su momento ahora son las que se compadecen de ella y esta vez no se atreven a juzgarla.

Minutos más tarde volví mi cabeza hacia la tía María para decirle que la próxima estación era la nuestra. Ella pronto había entablado conversación con otros pasajeros olvidando nuestro destino; se encontraba atrapada en las opiniones, historias semejantes y recomendaciones de un par de mujeres mayores que se encontraban en frente. Salimos del bus, retomamos nuestro itinerario. Nuestro tema de conversación de regreso a casa no pudo ser otro que el protagonizado por esa pequeña niña y su madre, condenadas y compadecidas.



EL PISCO QUE ROBÓ MI ZAPATO

KATTY DAYANNA VALENCIA



Debería contarlo como un suceso más, pero lo cierto es que desde que el pisco, aquella ave entrometida, altanera y orgullosa, robó mi zapato, yo no volví a ser la misma.

En aquel entonces, caminaba por los verdes campos de una alta montaña, que además era perfecta para mis sueños de niña, perfecta para poder levantar la mano en una noche e intentar alcanzar la luna.

Luego de haber pasado toda la mañana lavando los trastes en la orilla de aquel río que partía en dos la alta montaña, lavé, lavé al grado de dejar mis dedos blancos, blancos como el papel y arrugados, arrugados como las líneas alrededor de la sonrisa de mi adorada abuela. Un río que además de dividir, por sus abundantes peces, solía atraer a todo tipo de aves.

Luego de tanto lavar y terminar cansada hasta las patas, ¡qué digo patas!, hasta los pies, caminé y caminé para llegar a casa, que estaba ubicada en toda la cima de la alta montaña, y no hallaba mayor fortuna que el hecho de estar cerca del cielo. Caminé, y entre mi cansancio y mi aturdimiento por el sol que se mostraba esa tarde, de pronto me fui como a un sueño o empecé a alucinar entonces. En mi sueño o ilusión observaba muy cerca un gran árbol lleno de muchas frutas y además bastante apetecible para descansar del sol en su sombra; corrí y corrí lo más rápido que pude. Cuando llegué a la sombra de aquel árbol, quité mis zapatos manchados de barro, recosté mi espalda en su tronco y levanté mi mirada al cielo, como elevando una plegaria a mi amigo el sol para que me permitiera, con su despedida continuar el camino.

En medio de mis plegarias elevadas al sol, una bella ave, hermosa, bastante elegante, refinada y orgullosa, con un caminar envidiable, se acercó al árbol, como si fuese yo lo más bajo y ella lo más alto. Ni siquiera una mirada me dirigió. De tanta belleza quedé observándola, tratando de descifrar en mi cabeza qué hacer con la intrusa, que además se negaba como, si fuese lo más, a dirigirme una mirada.

Pensé, pensé y hablé:

—Avechuza, elegante y peluda, sé qué loca estoy por dirigir mis palabras a ti, sabiendo que no responderás, porque los animales no hablan pero, quiero intentarlo ya que me surge una profunda pregunta: ¿por qué no te atreves a mirarme?

Y la avechuza me miró. ¡Gloria! ¡Me miró! Como si de pronto hubiese entendido mis palabras, pero como lo esperaba y bien lo sabía, no respondió, sino que como quien quiere darme una lección, cerró el espacio entre nosotras y, como desafiándome, en un rápido movimiento aquella avechuza, aquel pisco cruel, agarró con su enorme pico uno de mis manchados zapatos y corrió sin darme tiempo de reaccionar.

Me levanté de mi comodidad y corrí en busca del pisco que se había robado mi zapato; corrí hasta que en un descuido de mi descontrolado proceder caí de lleno al río. En la otra orilla el pisco me observaba y en su pico, mi zapato. Intenté con todas mis fuerzas nadar hacia la otra orilla, donde se encontraba el pisco, hasta que el cansancio me invadió. Pasaba entonces una rama de árbol llevaba por la corriente del río, en mi cansancio estiré mis brazos y me anclé a ella, esperando recuperar fuerzas para alcanzar a aquel pisco y recuperar mi zapato, pero en un parpadear estaba yo de pie en el camino en el que en un principio me encontraba. No había árbol, no había río, solo el sol como todos los días a estas horas, en su espectáculo de despedida. Confundida, ya en la realidad, consciente de que tan solo había sido un sueño o una ilusión

quizás, di un paso y fue imposible no darme cuenta de que me hacía falta un zapato.

Esa tarde cambió mi vida, pues mi abuela me dijo que en esa montaña ningún pisco aparecía y que de ser así, a mí no se acercaría; pero muere mi niñez y ahora mi adultez si niego yo que esa tarde un pisco robó mi zapato, pues el estupor aún lo guarda mi corazón y el coraje de no haber vencido a un pisco salvaje.



ERA SOLO UNA ILUSIÓN

ERIKA DANIELA OROZCO



Estaba en problemas, en serios problemas: me había enamorado de un chico que era incapaz de amarme y era lo que decían la mayoría de mis amigos que lo conocían. Sabía que él me quería, pero no sabía si de la misma forma en que yo lo sentía.

Tenía que terminar con ese suspenso que me mataba a diario; en cada oportunidad que estaba con él, no hallaba el momento de decirle todo, todo por lo que me había hecho pasar

durante esos años y quería finalmente revelarle lo que por él sentía. Con eso en mente, finalmente me decidí, ya no podía vivir más con la duda, pensaba que la mejor manera de revelar todo era con algo para lo que siempre había sido buena: la poesía.

De esa manera, por fin se daría cuenta de su amor por mí. No sabía cómo reaccionaría exactamente, tenía miedo. Miedo de que mi revelación, al ser tan directa, lo asustara.

Entonces, fui valiente, me decidí a escribirle. Al principio solo tenía una idea clara, decirle todo lo que él era para mí, pero ¿de qué forma? Eso no lo sabía. Empecé a escribir, preparé un par de borradores antes de pasar alguno para entregarlo. Mis palabras fluían y fluían sobre aquel antiguo papel. Nunca había escrito tan rápido un poema, hasta yo me asombré al leerlo:

Y sin importar los miedos,
las dudas que surjan en mí,
serás siempre tú mi amado, mi adoración.

Era verdad que le entregaría aquellas palabras, ni yo lo podía creer, pero nunca detuve mi impulso. Acababa de plasmar todo lo que sentía, era directo, en partes había exagerado rasgos y engrandecido situaciones que habíamos pasado los últimos meses. Aquellas palabras al parecer encajaban en su totalidad, dando como resultado una carta de lo más cursi. ¡Bien había logrado la primera parte de mi cometido! Ahora faltaba la parte más difícil: enfrentarlo cara a cara. De solo pensarlo ya empezaba a palidecer y sentía que mi respiración se cortaba. ¿Lo haría? Claro que lo haría, estaba aterrada pero lista para que ese momento llegara.

Releí los versos que había escrito ¡Joder! Aquellas palabras no podían ser más melosas y no creía que eso había salido de mí, teniendo en cuenta que siempre había sido catalogada como una persona fría en todo sentido. Y ahora, mágicamente, pareciera que tenía sentimientos, estaban fluyendo por un chico después de todo lo que me había prometido no sentir nuevamente, como en el pasado. Incluso me sentía algo tonta, realmente había perdido la cabeza y la poca cordura que me quedaba, y aquella hoja con esos versos daban fé de ello.

Tenía miedo, tanto que horas antes del encuentro acordado ya estaba templando. Temblaba de manera tan absurda que una risa nerviosa se apoderó de mí. Solo pensaba: demonios, cálmate, es solo un chico y es solo un papel que le vas a entregar, deja de actuar de forma tan estúpida. ¡Cálmate! Respiré, o al menos lo intenté; el solo pensar en hacerlo me costaba tanto. ¡Jesús, estoy enloqueciendo!

Lo vi llegar mucho antes de que él pudiera verme. Lucía tan perfecto como siempre, mi corazón empezó otra vez a latir alborotadamente en mi pecho, que apenas podía contenerlo. Trataba de tranquilizarme inhalando y exhalando ruidosamente, mientras intentaba ignorar las extrañas miradas de unas jóvenes que se encontraban sentadas cerca de mí.

Decidí detener mis pequeñas manías por los nervios, así al menos seguir con dignidad para cuando él llegara y esperaba que no notara mi ansiedad (lo cual era algo difícil, debido a como estaba actuando). ¡Dios! En serio necesitaba relajarme.

Cuando por fin me vio, su rostro se iluminó en una grandiosa sonrisa. ¡Demonios, por qué es tan perfecto, lo odio por eso! Lo odio por hacerme sentir así. ¿Por qué una joven relativamente cuerda a sus casi veinte años de edad, justo ahora enloquece, de repente, al conocer a un tipo como él?

No lo sabía, o bueno, sí lo sabía, pero no pretendía aceptar eso. ¿En serio me habría enamorado, era posible algo como eso sabiendo las desastrosas historias amorosas que me precedían?

Bueno, solo me quedaba devolverle la sonrisa (ni siquiera tuve que forzarla, él la hacía brotar tan fácilmente). Me saludó con un beso en la mejilla como era lo usual, me tomó de la mano y caminamos un rato, ofreció comprarme un helado, a lo cual no me negaría porque es algo que me encanta y él lo sabía. Tomé uno de arequipe y limón, mis favoritos, y sí, sé que es una extraña combinación, pero para mí funcionaba, así como él y yo, siendo jóvenes tan distintos y con mentes tan diferentes, funcionábamos, o eso parecía.

Aún seguía tan nerviosa que apenas me di cuenta de qué pidió él; en realidad para mí en ese momento era lo menos relevante, solo esperaba el momento oportuno para entregarle aquel papel.

Pasamos una tarde tan increíble que apenas recordaba el verdadero motivo que me llevó a verle. Justo antes de despedirnos, le pedí que estirara su mano y cerrara bien sus ojos, no quería que viera mi cara de pena mientras sostenía el papel que me había costado tanto escribir y llevar durante toda esa tarde.

Finalmente, lo tenía. Mi corazón empezó a latir de la misma manera antes de verle más temprano ese día; respiré profundamente y le indiqué que aquel papel, que a simple vista era ordinario, cuando lo abiera, lo descubriera, era un poema que con mucho esmero había escrito para él, el poema más sincero que he escrito y el que más me había costado terminar.

Le pedí que lo leyera en silencio frente a mí. Mientras tanto, yo trataba de ignorar al resto del mundo y enfocarme en todas y cada una de sus reacciones. Sus facciones pasaban de la confusión a una sonrisa tierna, a una sonrisa divertida y en otras líneas se notaba un poco más melancólico; era un mar de emociones y se hacía cada vez más notable en su rostro, parecía que estaba organizando sus ideas y asimilando un par más de ellas.

Cuando terminó, se formó un silencio largo y algo incómodo. Solo pensaba: ¿le habrá gustado? ¿Por qué está tan callado? ¿Habrá sido un error el escribir todo eso?

Cuando finalmente habló, me agradeció por todas las bellas palabras, me expresó que no sabía que sentía todo eso por él, me pidió que le confirmara si realmente lo había escrito yo. A todo asentía con la cabeza, no quería hablar, no podía, no logré que saliera palabra alguna de mi boca.

Guardó el papel en el bolsillo interno de su chaqueta, dirigió la mirada al piso y luego a mí, me tomó por los hombros, estábamos frente a frente (bueno no de manera tan precisa, ya me llevaba casi veinte centímetros más de altura). Me dijo con voz algo entrecortada, como si contuviera las lágrimas dentro de sí, que no merecía que fuera así con él, que no era lo sufi-

ciente bueno para mí, que lamentaba haberme ilusionado y que solo hasta que toda la situación llegara a este punto algo crítico podía decirme con libertad que solo me quería como su amiga; lamentaba que yo hubiera malinterpretado aquellas atenciones que para mí no eran usuales que un amigo diera, pero que para él eran, al parecer, lo más normal del mundo.

No entendía nada, estaba enloqueciendo y quebrándome en mil pedazos por dentro ¿En serio estaba diciéndome todo esto ahora? ¿Por qué no lo había dicho antes? ¿Por qué humillarme, destrozarme en ese mismo momento? Se había roto algo dentro de mí, me negaba a creerlo, a lo cual solo podía responder con mi risa nerviosa y diciéndole que dejara de bromear con todo aquello. Pero él no estaba bromeando en absoluto, estaba tan serio que me daba hasta miedo. Lo único coherente que se me ocurrió decirle fue que no me importaba si no aceptaba lo que le había entregado, aquellas palabras que escribí; le di a entender que no eran en sí para él, que las había escrito para desahogarme solamente de algo que creía que era pero nunca fue.

Me llené de odio; si seguía más tiempo frente a él, explotaría de la peor manera, y siendo una persona tan orgullosa, no me lo iba a permitir, ni que se diera cuenta de que lo que me había dicho me había afectado de gran manera. Decidí entonces dar vuelta y caminar. No pensaba ni a dónde iba, solo quería alejarme lo más que pudiera de él, ignoré todo llamado que me hacía, estaba tan triste y enojada al mismo tiempo que lo último que quería era escuchar su voz.

Mientras recorría las calles frías de la ciudad, hacía un recuento de todas las cosas que le había escrito, me detenía en cada una de ellas:

A ti, aquel chico con ojos de esmeralda,
en los cuales amo perderme...

¿En serio ojos de esmeraldas? Tampoco eran tan brillantes
y hermosos como aquella piedra preciosa.

Son aquellos, tus ojos
los que me hipnotizan
y me ponen a soñar...

No, ya no sería así. Nunca más.

Tú, aquel chico rubio,
solo tú sabes tanto de mí...

Ya él no tenía ni la menor idea de mí, solo conocía la parte
que yo le permití ver, algo que en realidad no era mucho.

Me destruyó recordar todo, me sentía estúpida por lo que
había hecho, pero me consolaba pensar que él lo había sido en
mayor manera, no merecía ni que lo odiara, no le iba a dar esa
importancia, no me permitiría lamentarme. Dolía, era obvio,
pero el tiempo y el trato conmigo misma me ayudarían a supe-
rarlo. Quería ser fuerte, sí, lo sería, y si creía que antes era fría,
ahora todo cambiaría, no me dejaría de ningún chico, no sin
antes darme algo razonable en lo cual creer, a lo cual abrirme
de nuevo.



MIS DÍAS DE OLVIDO

LUISA FERNANDA CELIS RAMÍREZ



Con el paso del tiempo corroboramos por nosotros mismos los consejos que alguna vez nos dieron probamos del dulce sabor de la alegría, pero también del amargo sabor de la tristeza; simplemente así es: días buenos, días malos, días que quisiéramos olvidar y días que quisiéramos vivir una y otra vez; pero, sin lugar a dudas, ha sido muy difícil aprender a vivir con mi propio olvido.

Como bien lo sé ahora, por mi condición, me es mucho más fácil recordar mi pasado; de hecho, lo hago con gran lucidez. Mi primer recuerdo es ver a mi padre a caballo llegando a la casa de campo; no había nada ostentoso, simplemente éramos mi padre, mi madre y mis hermanos. En las noches frías, bajo el cielo de Suaita, mi padre nos contaba historias, pero entre aquellas que mi padre narraba nunca olvidé aquella de una joven trabajadora que inocentemente se había enamorado del joven hijo del rico terrateniente, dueño de la hacienda en la que trabajaba, quien había correspondido su amor haciéndola madre de una pequeña criatura. Por alguna razón, la historia siempre había sido cortada en ese punto, siempre pensaba en cuál había sido el final de aquella mujer y su pequeño hijo, hasta que, cuando crecimos, mi padre decidió contarnos la verdad: aquella mujer era mi abuela y aquel niño fruto del amor prohibido era él, mi propio padre.

Con el tiempo se fue sabiendo más de aquella historia, cuando el chisme corría por toda la hacienda y era innegable quién era el padre del bebé, mi abuela fue exiliada junto a mi padre de brazos. Sus padres, al conocer la historia, le pidieron a una familia amiga que uno de sus hijos favoreciera a mi abuela conformando el hogar que le había sido negado, y así se dieron las cosas. Para cuando mi padre entró en razón, ya portaba él con el apellido de aquel buen hombre, apellido que llevo ahora yo, mis hijos y mis nietos. La familia hacendada nunca apareció en la vida de mi abuela; vinieron a aparecer cuando ella falleció, ofreciéndole a mi padre una pensión mensual a cambio de su silencio. Claro, sería para ellos un gran problema que saliera ante la vida pública un hijo ilegítimo, a una de las familias que

en su tiempo era y sigue siendo una de las más reconocidas del país, cuna de presidentes y políticos. Mi padre nunca estuvo dispuesto a recibir ni un centavo, y nos hizo prometer a mis hermanos y a mí que por ninguna circunstancia recibiéramos nada de esa familia, que nunca fue la nuestra, aunque la sangre dijera lo contrario.

Siendo uno de los hermanos menores, vi partir a varios de mis hermanos a la capital. Los más jóvenes nos quedamos trabajando en la casa de campo, pero cuando la cosa se puso complicada por la guerra, y era mejor buscar la seguridad, empaqué las pocas cosas que tenía y así llegué a la gran ciudad. Recuerdo haber llevado solo una pequeña maleta y en la mano, apuntada la dirección. Mis hermanas, que desde jóvenes habían aprendido a cocinar, aprovechando su destreza, abrieron uno de los restaurantes más populares de comida típica santandereana en el barrio Las Nieves; aunque en un principio trabajé allí con ellas, haber llegado al centro me abrió la posibilidad de empezar a trabajar en otras cosas, un par de trabajos informales que me ayudaban en medio de todo, a estar lejos de mis hermanas, que ya, teniendo hijos, se tomaron la atribución de tratarme como si a uno de ellos me refiriera, y yo no hacía más que recordarles que ya era un joven adulto que podía hacer mis propias cosas, y para demostrarles, me fui dos años a prestar mi servicio militar.

Para cuando regresé, todo parecía mucho más claro en mi vida, había aprendido a coordinar grupos y gracias a eso trabajé en una editorial. Todo parecía ir bien para nosotros, mis hermanas habían tenido el suficiente éxito para comprar la casa en la que tenían el restaurante y la convirtieron en el templo de

su matriarcado; nunca entendí las implicaciones de esto hasta que pasó lo que pasó, pero eso vendrá más adelante. Este, estoy seguro, fue uno de los mejores días de mi vida y estoy seguro porque sé que cuento esta historia con frecuencia. Un día, caminando hacia la casa, pasé frente a la cabina de telegramas y vi allí a la joven más hermosa que jamás había podido imaginar, su piel tan blanca, su cuerpo perfecto y buen vestir. No lo dudé, entré con tal seguridad a hablarle, pero ella solo estaba preocupada por enviar un mensaje de urgencia a su madre que vivía en otro país. No me daría por vencido a la primera, así que la esperé; solo recordar cómo estaba ella tan perfecta en ese momento produce siempre en mí una sonrisa. Finalmente, cuando salió, la abordé, le fui sincero, le dije que nunca había visto a nadie más hermosa, y al parecer funcionó.

Dos años después nos estábamos dando el sí en una pequeña iglesia de la ciudad; por cuestiones económicas tuvimos que recurrir a mis hermanas para un lugar en el cual vivir. Mis hermanas, que envidiaban la belleza de Glorita, mi mujer, no hicieron más que hacerle imposible la vida, diciendo que era absurdo que una mujer trabajara en una oficina en vez de ayudar todo el día en la cocina del restaurante. Todo empeoró cuando Glorita quedó embarazada; mis hermanas seguían tan estructuradamente su cantaleta, que en un momento de alboroto y desesperación mi mujer cayó por las escaleras, perdiendo así a los gemelos que estaban en camino. Fue un tiempo muy difícil, pero Gloria, con su carácter, decía que había pasado por cosas peores y siendo una mujer de roca lo superó, me obligó a dejar la casa y a hacer nuestro hogar aparte. Doce años después ya teníamos un apartamento y seis hijos. Puedo jurar que no era fácil, tenía para ese

entonces un empleo en una transportadora, y aunque no quiero hablar mucho al respecto, el gran error de mi vida fue irme de casa, fueron dos años, y varios de mis hijos, estando pequeños aún, empezaron a trabajar para poder sostener la casa. Decir esto me carcome el alma, pero ya que estoy sincerándome de esta forma, no puedo negar mis pecados.

Mi mujer, si no fuera por ese gran corazón, ese hermoso ser, me perdonó cuando regresé a la casa, pero había producido en ella algo peor que mi propia tortura, había entrado en una serie de ataques. Diego, el hijo menor, no hacía más que cuidarla día y noche, no fue sino hasta muchos años después que ella sanó; mi trabajo me exigió ir a Cartagena a trabajar. Los hijos ya estaban creciendo y formando sus propios hogares, así que Gloria y yo nos fuimos a vivir la buena vida; pero los años no llegaron solos y cuando tuve la edad, salí pensionado y decidimos regresar a Bogotá a vivir nuestro tiempo de descanso, en medio de nuestros ahora siete hijos, y un número de nietos que iba en aumento. Nuestra vida se fue convirtiendo en domingos de familia, cacao, pan y algunas de las exquisiteces que mi esposa hacía a la perfección; nuestras tardes se convirtieron en las de dos adultos, ya viejos, tomados de la mano, disfrutando de la buena charla, y claro, mi pasión: las tardes de ver el fútbol.

La vida nos ha cambiado de muchas maneras, me sorprendió con la muerte de mi hermano más querido, que estaba enfermo de cáncer. Pensé y nunca dudé que fue un fallecimiento natural, pero no fue así. Mi esposa e hijos no habían querido decir la verdad por temor a mi reacción, pero eso no fue suficiente para impedir que por medio de una llamada de una sobrina me enterara que medio del dolor desesperante mi

hermano había decidido terminar con su propia vida. Pasaron días enteros de dolor y de angustia, y de una manera que no sé explicar ahora, mi cerebro dejó de funcionar de la misma forma. Recuerdo el inmenso trabajo de mis hijos, de hospital en hospital tratando de hacer todo lo posible para ayudarme, pero no fue así, el dolor se lo fue llevando todo, y un formalismo técnico determinó que poco a poco iría perdiendo mi memoria, todo lo que había vivido.

Ahora me cuesta ver en la mujer que vive conmigo a mi mujer, su rostro es mucho más viejo de lo que recuerdo; veo a mis hijos, y sé que existen, pero me cuesta ver en ellos los niños que aún recuerdo, y veo ante mis ojos, jóvenes que dicen ser mis nietos y me tratan con amor, pero son solo para mí como el destello que te da cuando sientes que has visto a alguien en algún momento de tu vida. Escribo para ellos, para mi familia, para decirles que aún los recuerdo, que los llevo en mi corazón; aunque no pueda relacionarlos con lo que mi mente recuerda de ustedes, sé que los amo. Y los amo cada vez que logro con una sonrisa contarles esta y otras historias, como si ustedes fueran desconocidos y no supieran nada, pero en realidad son los protagonistas. Los amo cuando estamos todos reunidos, y me gusta cantarle a mi recuerdo de Gloria “campesina santandereana, sabor a fruta madura”, mientras traigo a la memoria toda mi infancia, los relatos de mi padre y la belleza de la mujer que me cambió la vida y me regaló una hermosa familia.





ALMAS: EL HOMBRE QUE NO PUDO SER AMADO

JUSTINE VALENTINA BÁEZ LEÓN

Los hijos de la noche en cunas de luna reposan plácidamente, esperan las mejores horas para acechar con su incomprendida luz, los ojos de los incautos no pueden ver ni entender sus almas.

¡Oh, hijos de la noche! que se regocijan entre arpas y flautas.

Se escucha el clamor de un alma que no encuentra sosiego, pobre alma, ha perdido su luz. Sin rumbo se dirige a su perdición por amor... Amor. ¿Qué es eso? Amor. Eso no existe.

¿Existe acaso entre ustedes, putrefactos mortales, muertos en vida, sin descanso, sin mente y sin alma? ¿Acaso entre ustedes hay amor? ¿Acaso conocen la espléndida belleza de lo eterno, de lo incorruptible? Ustedes, que deciden entregarse a lo efímero, que usan a los demás como viejos trastes para poder experimentar y luego defecar en ellos. ¿Qué hay de las pobres almas que lanzan al seol?

Predicas amor cuando solo usas y desechas, excusándote en el ciclo de la vida. ¡Hipócritas! Ni un poco de piedad habita en sus almas para con la sal del mundo, ni un poco de conciencia tienen para con las luces que mueren sin hallar socorro. Desgraciado mundo, ¿todavía alguien osa hablar de amor? No saben qué es amor, no saben amar —Dijo Aurél, el hombre de cabello largo azabache, que vestía de negro, con un abrigo de cuero que lo cubría hasta los pies. Dedicó una canción a los que no eran como ellos, aquellos que eran incapaces de verlos como eran realmente, incapaces de entenderlos, una canción compuesta por cuerdas y percusión apasionada. Erzsi fue conmovida al instante, sentía que su corazón latía con más fuerza y que su alma se elevaba al cosmos de manera precipitada. En ese momento supo qué quería: lo quería a él.

¿El destino estaba escrito o mi magia funcionaba? Lograron encontrarse de la manera más casual. Mientras Erzsi se dirigía al tocador, en medio de los pocos asistentes del concierto, Aurél bajaba del escenario para irse antes de que lo acosaran con autógrafos y fotografías. Podía notar que se sentía tan cansado y deprimido, totalmente asqueado del mundo, hasta sentí mi-

sericordia, pero la misericordia es para los débiles, decidí continuar. Cuando Erzsi bajó las escaleras, Aurél se quedó mirándola fijamente sin que ella lo notara. La ropa oscura de Erzsi hacía que su cuerpo se viera más esbelto de lo que normalmente se notaba y que su pálida piel resaltara con un brillo particular; sus labios rosa y sus ojos negros como la noche hicieron que Aurél perdiera la concentración. Cuando la mirada de Erzsi se cruzó con la de Aurél, quedaron atrapados en las ventanas de sus almas, hasta que él le propuso a Erzsi que huyeran de ahí.

Al salir del pequeño y descuidado teatro, una leve llovizna cubría la ciudad; en el horizonte se juntaban las nubes grises. Entre estrechas calles caminaban juntos, sin decir palabra alguna, de vez en cuando se miraban por encima del hombro, para disimular la timidez. No fue sino hasta que llegaron a la gran iglesia que se encontraba en medio de una gran plazoleta que Aurél rompió el silencio.

—¿Cómo se llama el ser más espléndido que hayan visto los ojos cansados de este humilde artista?—Erzsi se quedó mirando a Aurél, tratando de analizar lo que acababa de decirle.

—No es preciso que yo conozca la identidad de ese ser, pero considero justo y necesario que sepas mi nombre. Me llamo Erzsi —respondió.

Aurél esbozó una sonrisa y tiernamente acarició el rostro de Erzsi.

—Eres como soñé, Erzsi—.

—Y tú eres a quien quiero—.

El apartamento en el que vivía Aurél se encontraba en un viejo edificio, en una localidad poco pintoresca y solitaria.

La vieja puerta metálica chilló cuando Aurél la abrió. Un pasillo se encontraba de frente y la corriente de aire estremeció a Erzsi. Aurél la abrazó para amortiguar el frío del edificio que se debía a la humedad de las paredes agrietadas por la misma. Era la magia más potente que había manipulado o... ¿Cabía la posibilidad de que fuera amor real? No, imposible, nadie sabe amar.

Subieron un par de escaleras, entraron al apartamento, las paredes eran blancas y se dividía en dos habitaciones grandes que hacían que la cocina y la sala fueran una sola, la segunda habitación era el cuarto de Aurél, el cual tenía una cama amplia, dos guitarras, un pequeño equipo de sonido y repisas llenas de libros y CD's. Lo primero que se le ocurrió a Erzsi fue preparar un café oscuro, tomar uno de los libros que se encontraban en una de las repisas y encender el equipo de sonido para que sonara la última canción que Aurél había escuchado; comenzó a sonar una melodía que no era nada extraña para Erzsi. Mientras escuchaban "Der Morgen Danach", tomaron el café caliente recostados en la acogedora cama, Erzsi abrió el libro y comenzó a leer un poema triste.

"Desolación. Aquí y allá.

Que se suscite en mí un cielo nublado.

Que lleguen tormentas que acaben conmigo.

Igual ya no queda nada más que un despojo.

Lo que más anhelo es sentir alivio.

Las noches vuelven a ser mi mundo,

la luna mi única testigo,

la soledad mi única amiga.

Arde el mundo que un día ame,
sucumbe entre llamas, se hace polvo.

No puedo pensar en algo más,
que el amable frío de una tumba.

Quiero vagar sin rumbo, entre el vacío
quiero olvidar lo que he vivido,
¡por piedad, alguien, acabe conmigo!”.

—¡Qué hermoso y triste!, alguien realmente atormentado
debió escribirlo —dijo Erzsi.

—Exactamente, pensé igual cuando lo leí la primera vez...
Pero alguien que escribe de esa manera no debería sentirse así
—dijo Aurél.

Después de esas palabras, Erzsi se recostó en el pecho de Aurél, y él le dio un beso en la coronilla. Se sumergieron en un profundo sueño que provoqué con suma sencillez. Esperé un par de horas y até de manos y pies a Aurél y a Erzsi. Seguían dormidos. A Erzsi le vendé los ojos, la levanté y la puse en la mesa, era increíble que siguiera dormida después de eso. Cuando despertó, se inquietó.

—¿Qué pasa, quién es? ¡Ayúdenme! ¿Por qué nadie responde? —dijo mientras lloraba—. ¿Aurél, eres tú? esto no es gracioso.

Erzsi estaba aterrada, qué placer me daba ver cómo su cuerpo temblaba. Para que dejara de gritar, la amordacé con un trapo blanco que encontré. El frío de esa madrugada era especialmente alto, entonces desnudé a Erzsi cortando su ropa con unas tijeras que tenía en mi maletín; en algunas ocasiones fue fácil rasgarla, mientras se retorció y su respiración se aceleraba. La piel de

su cuerpo era tan blanca como la de su rostro, parecía hecha de mármol, era tan bella. Puse mi mano sobre su pecho para sentir su corazón, latía tan rápido, cerré mis ojos para sentir su miedo. Cuando pude impregnarme de su terror y sentirme complacido, tomé el cuchillo que había llevado, y comencé cortando su brazo izquierdo dibujando varios tribales. Lloraba y se movía bruscamente, por lo que tuve que parar, la sangre que brotaba solo hacía que la palidez de su cuerpo se viera aún más brillante. Hice varios intentos hasta que logré hacer los tribales en todo su cuerpo; en la mitad del proceso se desmayó y no pudo disfrutar más. Era el momento ideal para llevarme la parte de su cuerpo que más me interesaba. Le quité la venda y abrí sus párpados; cuando enterré el cuchillo en su cuenca con el ademán para arrancar su ojo derecho se despertó dando un grito tan fuerte que, aun amordazada, logró estremecerme. Seguía viva, entonces rápidamente procedí con el siguiente de la misma forma, antes de que me viera.

—Aurél, ¿por qué?, ¿por qué lo hiciste? —dijo Erzszi con la voz quebrada—. Su corazón sufría más que su cuerpo, podía sentirlo.

La sangre resbalaba por la mesa hasta llegar al piso, era una de las escenas más maravillosas que había visto. Tomé uno de los ojos para mí, como siempre; el otro lo envolví en un pañuelo blanco, lo puse sobre el equipo de sonido de Aurél con una de mis típicas notas: “ambos podremos ver su alma ahora”. Lo desaté y comenzó a despertarse, en ese momento volví a ocultarme con el hechizo de invisibilidad. Disfrutaba en gran manera poder ver cómo los demás podían entender que el amor... Qué es eso. Amor. Eso no existe.





CONSANGUINIDAD: UN FINAL SIN HISTORIA

CARLOS CÉSAR BRICEÑO RAMÍREZ

Tu fui, ego eris

Las memorias son el intrincado trayecto que conecta sucesos para recrear un cristalino semblante, que, dotado de evidencias, pretende autenticar la realidad.

Al principio, todo era confuso como una puerta abierta que ostenta la incertidumbre derivada del nacimiento. Contemplé vientos huracanados que revelaban una cercana tempestad, fue con el tiempo que consentí la compasiva acción

de mamá, y comprendí que en ocasiones amputar vínculos filiales puede ser una gran manifestación de amor.

Mi nombre es irrelevante, también mi edad, de hecho no soy consciente de esta última; no he tenido disposición para recordar con delicadeza los acontecimientos. He intentado regresar, deslizarme entre el tiempo y el espacio. Pero la pretensión siempre se encuentra frustrada por la aversión ligada a mis borrosos recuerdos, no se imaginan las trágicas imágenes que conservo, y es que el vértigo de aquellos días hostiga mis introspecciones; es como una sombra que me acecha. Me siento consternado en cada intento que hago por recapitular mi historia, es como si algo me sujetara para no encontrar los sucesos perdidos en mi memoria. A pesar de todo lo relatado, hoy quiero ir más allá, ansío relacionar los sucesos y manifestar mis reservadas emociones; peregrinaré a través de mi tormentoso origen para expresarte mi persistente fervor, quiero demostrar mi perdón, pues es esta la base de la predica divina, he de detallar las nocivas imágenes que conservo sobre mi vida para que me entiendas, mas no para que se me victimice.

No estoy seguro si me reconoces, solía vivir solo, en una sombría fosa húmeda, el calor me mantenía en un perseverante estado de sopor, no podía ver y me alimentaban a través de un conducto incrustado en mi estómago; recuerdo que no entendía su función para aquella época, un cordón que hostigaba mi desplazamiento. Ahora que lo pienso, más parecía una especie de grillete estomacal que me retenía, yo era como un recluso sin las garantías básicas de una subsistencia digna. Se me alimentaba a deshoras, se me conservaba en aquel reducido espacio, en un continuo estado de aletargamiento que

me hacía sentir como un adicto a aquella escasez de actividad. Los días eran una rutina interminable de inoperancia: daba vueltas y vueltas, me abstraía en fantasías sobre la vida, consecuentemente retornaba debido a la asfixia inducida por el flexible conducto que obstruía la diminuta extensión de mi reducido nido. Crecía, aumentaba de tamaño, sintiendo que aquel sepulcro biológico se encogía cada tanto, era demasiado angosto; pero, en mi beneficio, contaba con esas esponjosas paredes elásticas que me permitían estirar las piernas. Recuerdo también que con el paso de los días, las sensaciones se agudizaban, empecé a ser consciente del irritante sonido orgánico de mi madre, posteriormente comencé a escuchar más intensamente lo que sucedía en el exterior. Los sonidos eran difusos, percibía ruidos ininteligibles que provenían del exterior de los blandos muros.

Con el pasar del tiempo, mi oído se afinaba y las voces afuera se elevaban. Si pensaba que el estado en el que me encontré sometido era una especie de brújula sin norte, parecía que afuera las cosas estaban peor que aquí adentro. Escuché las lágrimas de mamá, palabras fuertes en mi contra: insultos de sus "amigas", que profanaban mi abreviada existencia junto a ti; incómodas críticas provenientes de mi abuelo, que me denominaban como el peor de los errores, e injurias de quien se autodenominaba "padre". Tengo ligeras evocaciones de que luego de algunas acaloradas conversaciones que sostenía mamá con papá, experimentaba violentos movimientos que agitaban mi diminuta morada, eran duras convulsiones que hacían chocar mi endeble cabeza contra las paredes de mi albergue. Sufrí tanto con esas oscilaciones.

Después de esas estridentes situaciones, solo quería descansar y mostrarme apático al dolor, pero es que esas angustiantes sacudidas, sumadas a los demás hechos anteriormente descritos, me llevaban a conjeturar que mamá recibía golpes y rechazo por mi culpa; los insistentes sacudimientos me advertían sobre el colapso de mi apreciada cuidadora. No imaginaba cómo deseaba tener más fuerza, poder estar allí y ser capaz de protegerte, pero era tan débil, tan torpe con mis movimientos, me costaba demasiado abrir las manos, los ojos se me inundaban al intentar abrirlos, con el molesto líquido en el que me encontraba zambullido. El rencor y mi angustia se enmudecían entre mis silenciosos gritos, me movía con fuerza intentando hacer acto de presencia, pateaba con todas mis fuerzas para manifestar que yo era real, enunciar que estoy allí y que brindaría mi apoyo. Pero ¿qué podía hacer? Todo resultaba insignificante, nada de lo que hiciese era meritorio. En ocasiones, solías ponerte en mi contra y sentía tu puño caer sobre mí, tentativas de golpearme, pero eran los tejidos y la piel los que amortiguaban el posible daño.

Los sucesos se repetían pero variaban los intervalos; mi querida madre se marchitaba gradualmente, los golpes en mi contra eran cada vez más enérgicos y más frecuentes. Las cosas iban de mal en peor, especialmente en las noches, cuando ella era presa de su insomnio. Yo reflexionaba en mi oscuro aposento y había empezado a detestarme, motivo que (considero yo) me ayudó a soportar, supongo que los demás no estaban tan locos; yo no merecía vivir. Los días venideros se complicaron, el silencio se había apoderado de mí, los nutrientes ya no me llegaban de la misma manera, me sentía famélico.

co y abandonado, mis inflamados ojos no cesaban de sollozar, la tormenta se desplazaba recorriendo mis pequeñas mejillas, recuerdo sentirme como si solo fuese un muñeco desechable, como un despreciable pecador que se equivocó sin haber vivido, como un cobarde reo que espera la peor sentencia.

Las noches estaban atestadas de reflexiones y disimulos. Solía pensar que probablemente un amor que se cultiva en el odio jamás podrá engendrar a un ser perfecto. Sentía que amaba a mi madre, pero también le temía lo suficiente como para hacer convertir cualquier probabilidad, por siniestra que fuese, en una representativa posibilidad que definiría mi futuro. Perseveraba nervioso, cobijado por mi desesperanza, esperando una próxima penalización.

Considero que cuando la realidad es aborrecible, son las fantasías, la imaginación y los sueños las mejores vías de escape. Y es que estas eran las únicas distracciones que poseía. Un día recuerdo haber caído dormido por el cansancio mental, soñaba que era un bebé amado, mamá era mi heroína, la vida estaba cargada con jornadas llenas de sonrisas, el sol acariciaba sus cabellos y era su fragancia la fina estela sensorial que yo perseguía cuando se me dejaba gatear con libertad; posterior a esas imágenes fue que todo empezó a volverse incomprensible y nebuloso. Mi sueño fue alterado por una extraña y molesta sensación en una de mis piernas, no sabía que en ese momento apreciaría la cólera de las bestias; eran tan frías, sus bocas extensas diseñadas para prensar, y provenían de la única vía de escape que tenía. El suplicio germinaba para mí y la turbación fallecía para ella.

Perdona mi reserva hasta el momento, pero aún me martiriza un poco pensar en esto, fue difícil interpretar la obstinada decisión, madre. Hice de mi corazón un coágulo de hielo para evitar quebrarme por segunda vez.

Lo primero que sentí fue una helada mordedura en una de mis piernas, la presión se iba intensificando, mi umbral de dolor se disparó hacia el infinito, el estrujamiento fue tal que aplastó mi pierna, y de un solo tirón me rompió los tendones de la ingle, las coyunturas se desgarraron, el calvario era insoponible. Abrí los ojos para intentar evadir un siguiente ataque de la infame y helada criatura que mutiló mi pierna, pero no pude ver nada debido a que mi sangre inundaba el lugar, todo lo que veía era el caldoso líquido manchado por mi sangre.

Se me destrozó cuando mi cuerpo no estaba habilitado para sobrevivir; cuando no podía rehusarme, parte a parte me cercenaron y era mi propia sangre en la que me estaba ahogando, todo en un macabro instante que parecía no culminar. ¿Por qué, madre?, ¿POR QUÉ? El dolor no tenía precedentes, anhelaba que el tortuoso momento finalizara, pero eso no sucedió. El sufrimiento que sentí activó una oscura sección de mi mente, perecí apreciando un odio excesivo, producto del feroz filicidio, una perturbación agresiva que amparaba la presencia de ideas despreciables que demandaban una pronta expulsión del repugnante y tramposo cuerpo de mi madre, organismo que en un momento me había acogido. El dolor se extendió en el tiempo; añoraba morir con rapidez. La pausada y demorada angustia ascendía, las mutilaciones no cesaron, lo último de lo que puedo hacer mención fue que trituraron mi cráneo, me partieron la mandíbula y el cerebro me salió por las cavidades

oculares. Después de ese momento dejé de sentir, mi cuerpo claudicó ante aquella trasgresión. La paz había vuelto a mí. Sin embargo, algo extraño sucedió, con rareza pude observar cómo terminaban de extraer fragmentos de lo que solía ser, pulverizaron cada centímetro de mí.

Supongo que al final, ellos habían conseguido lo que persiguieron mi muerte. ¿Quién diría que mi hogar sería mi propia cripta? Mi sosegada alma reposaba flotando en la descuidada y clandestina “clínica”. Mi corta vida me enseñó a través de la exposición que la existencia humana está llena de incesantes variaciones; lo que no sabía es que la muerte también posee esta crucial propiedad. La poca conciencia que tenía del momento desapareció como agua en cántaro roto, perdí el conocimiento e ingresé lentamente al misterioso abismo de majestuosas ilusiones. El valle de sombras en el que había vivido culminó, la deseada transformación ya no era un hecho aislado y despreciable. Dejé en manos de la incertidumbre mi ingreso a los jardines del edén.

La suma de hechos que viví en mi insuficiente gestación enmarcó mi pesar. Puesto que desde que fui un embrión, no se me facultó para poder opinar mientras estuve vivo, en sigilo abandoné el mundo, me sentí afligido por ser censurado cuando se me arrebató la vida. Hubiese querido ser acogido en tu corazón y no en tu vientre. Deseaba cambiar tu vida y oír las afectuosas palabras que jamás te atreviste a decir, sentir tus delicadas manos descender para recibir las caricias de mi idolatrada progenitora, ser más que un recuerdo que tiene por destino evaporarse en el olvido, hubiese deseado sumergirme en tus ojos color esmeralda, que seguramente compartiríamos; suspiré por

poder ayudarte a dominar tus miedos y emanciparlos con mi pueril calidez. Me hubiese encantado acostarme contigo y poder soñar dormido y hacerlo despierto, añorar iniciar el día para contemplar tu seráfico rostro y despedir la noche bajo el cálido abrigo de tus brazos, disponer de tu compañía mientras pasa el tiempo, enamorarme perdidamente de ti.

Hasta la tumba te amaré. Aunque soy y seré un repudiable fenómeno ante tus ojos, no pretendo mejorar mi condición; quizás mi vida fue una burla del destino, fui un mutilado artista al que se le permite pensar, sentir, pero no expresarse; un estúpido capricho que surge del delirio de quienes se funden profundamente en un amor transitorio y luego temen a desmesuradas consecuencias.

Querida madre, escribo para que me comprendas y salvarte, por si en algún momento la culpa te ha de emboscar. No quiero que llores, ambos tenemos una lucha que librar, dos planos que debemos desafiar para reunirnos en el paraíso. He visto que los seres humanos no saben lidiar con el duelo de la muerte. Tratan de huir, darle la espalda, de argumentar sus errores pasándolos como aciertos. No creo que se trate de aferrarse a la vida, tampoco de ser indiferente. Ahora puedo ver el extenso panorama humano, hay tanto por vivir como tanto por morir, hubiese deseado experimentar más, sentir, pensar, ayudar, pero todas mis ambiciones no son más que sueños abortados. Si quieres evitar hablar de mí para no sentir nada, puedes hacerlo. Sin embargo, recuerda que tienes mi perdón, ese es el último regalo que te ofrezco, la afinada llave que abre las puertas de mi inmortalidad. Mi historia será una agridulce conversión. Espero que pienses en lo que hiciste y hagas lo correcto.

Estoy a punto de recibir mi sentencia, será lo que el séquito celestial decida, mis pecados serán valorados, se me permitió escribir en medio de este eclipse situacional, morí y renací para recibir el juicio sobre lo sucedido. Alcancé la sabiduría del perdón. Y te confieso que solo el perdón puede ser capaz de traicionar al estigma de la sombría existencia de los días pasados.

Esto no es un amargo adiós, es una acogedora bienvenida, te envió demasiadas bendiciones, ya nunca volverás a estar sola a partir de este momento, te esperaré en este, nuestro lugar especial.





UNIVERSIDAD CATÓLICA
de Colombia
Vigilada Mineducación

Editado por la Universidad Católica de Colombia, en 2018.
Se imprimieron 300 ejemplares sobre papel book cream
de 55 gramos, en tipografías Advisor SSi de nueve puntos
y Frente H1.

Sapientia aedificavit sibi domum

Bogotá, D. C., Colombia

COLECCIÓN

PRE-TEXTOS

Este libro reúne el esmerado trabajo creativo de los estudiantes de la electiva “El arte de escribir y la creación de mundos” (2017) de la Universidad Católica de Colombia, un espacio académico dedicado al estudio de textos literarios y de las herramientas del lenguaje para la creación narrativa. Este espacio, organizado y apoyado incansablemente por la Dirección de Bienestar Universitario, promueve y cultiva el difícil arte de la escritura en los estudiantes de la Universidad.

En esta publicación el lector podrá hallar más que un ejercicio académico, la exteriorización de las inquietudes artísticas de la comunidad universitaria, las voces de una generación de estudiantes, un esfuerzo plástico, un juego de figuras e imágenes; en fin, los resultados de varios procesos creativos.



9 789585 456105